

MIRA DE AMESCUA, ANTONIO (1574-1644)

EL NEGRO DEL MEJOR AMO

PERSONAS que hablan en ella:

ROSAMBUCO, turco
Don PEDRO Portocarrero
MORTERO, gracioso
VILHÁN, gracioso
LAURA, dama
ESTRELLA, dama
El CONDE César
CATALINA, criada negra
Un GUARDIÁN
CELIO, vejete
SAN FRANCISCO de Asís
Una ESTATUA de Benedicto Esforcia
Un NIÑO
Dos CRIADOS
Un ALCAIDE de la cárcel
Dos COSARIOS turcos

ACTO PRIMERO

Salen el GUARDIÁN y don PEDRO

GUARDIÁN:
Famoso Portocarrero,
supuesto que en esta casa,
que siendo de San Francisco,
Jesús del Monte se llama,
adonde estáis retraído,
os damos de buena gana
seguridad a la vida,
¿no fuera cosa acertada,

que nos diéramos en ella
también la quietud del alma?
Vos tenéis enemistad,
según la razón humana,
justa con el conde César
porque violenta la espada
le dio muerte a vuestro hermano
riñendo. Fue la desgracia
de vuestro hermano, mas una
de aquestas noches pasadas,
vos a un primo, y a un hermano
del conde, de una trabada
pendencia, disteis la muerte.
Bastante es para venganza;
la pasión temple el enojo;
obre la piedad cristiana.

Dentro ROSAMBUCO y MORTERO

ROSAMBUCO:

¿Por qué el bergante no va
a sacar dos cubos de agua?

MORTERO:

Pues el perrazo moreno,
¿qué hace que no los saca?

ROSAMBUCO:

Pues vive Alá, si me enfado...

MORTERO:

¿Qué ha de hacer si se enfada?

PEDRO:

Los criados son, que riñen.

GUARDIÁN:

Ésta es del demonio traza
que nos quieren estorbar
la plática comenzada.

PEDRO:

Padre, para interrumpirla
mi cólera sólo basta.
El conde mató a mi hermano.
Si él con la vida no paga,

no hay satisfacción ninguna.
Y no hablemos más palabra
si habemos de ser amigos,
porque está tan obstinada
mi pasión que es mi contrario
el que de paces me trata.

GUARDIÁN:

Vuesasted, señor don Pedro,
temple el enojo y la saña.
Mire que hay una candela
de luz tan desengañada
allá en el fin de la vida
que pone espanto el mirarla.
Alumbre su ceguedad
con esta funesta llama,
y verá como se vuelven
en piedades las venganzas.

PEDRO:

Padre Guardián, vive Dios,
que es cosa desesperada,
que me ayude a bien morir
en juventud tan lozana.
Hasta que llegue la muerte
me faltan muchas jornadas,
y una de ellas es matar
a este conde, que me agravia.

ROSAMBUCO:

Limpia, pícaro, el cabello.

MORTERO:

Oiga el galgo como manda.

ROSAMBUCO:

Pues si esta estaca levanto...

MORTERO:

¿Qué ha de hacer con esa estaca?

ROSAMBUCO:

¿Qué? Romperle la cabeza.

Dale

MORTERO:

¡Ay!

ROSAMBUCO:

Ponte una telaraña.

PEDRO:

¿Qué ruido es aquéste? ¡Hola!

¡Ah, Mortero!

Sale MORTERO herido

MORTERO:

¿Qué me mandas?

PEDRO:

¿Quién te ha puesto de esa suerte?

MORTERO:

Esa morcilla quemada,
aquel esclavo de requiem
que el demonio trajo a casa.
Esa tumba racional,
ese cordobán con habla,
que se le ha teñido donde
zurra el diablo la badana.

PEDRO:

Pues, ¿sobre qué habéis reñido?

MORTERO:

Porque el galgazo se ensancha
de ver que priva contigo
y le quieres y agasajas.
Porque al fin en la ocasión
sabe sacar una espada
y ser tu perro de ayuda.
Y, como él dice, se traga
hombres como caperuzas,
y del empeño te saca.
Y, con eso está tan vano
que sin comedirse a nada
como testamento tuyo,
cuanto hay que hacer me la manda.
Con lo cual, entre los dos
la suerte está barajada,

pues trabajo como un negro
y él como blanco descansa.

PEDRO:
¡Ah, Rosambuco!

Sale ROSAMBUCO

ROSAMBUCO:
¿Señor?

PEDRO:
¿De aqueste modo se tratan
tan cerca de mi presencia
los criados de mi casa?
¿Quién atrevimiento os dio
para desvergüenza tanta?

ROSAMBUCO:
Si no hubiera mirado
que es tu criado esa mandria,
¿ya no la hubiera arrojado
por una de esas ventanas?
Piensa el pícaro gallina
que la comida se gana
con huir de la ocasión
y traer una embajada.
Pues, que no es hombre de prendas,
trabaje, pesa su alma.

MORTERO:
Señor mío, aquéostas son
las que llaman "gratis datas."
Vuesarced peca de crudo,
a mí el miedo me salva.
Usted vive de su culpa,
y yo como de mi gracia.

PEDRO:
Pues, ¿no es razón que el trabajo
de conformidad se parta
entre los dos?

ROSAMBUCO:
Dices bien,
nunca mi respeto falta

a lo justo; y así yo,
en las acciones honradas,
que piden hombres de pecho,
o de vergüenza en la cara,
sirvo con tanto valor
como la experiencia clara
os lo ha mostrado las veces
que os ha sacado mi espada
de mil honrosos peligros
con opinión tan bizarra.
Pero en oficios humildes,
donde cualquier hombre basta,
ocúpese ese lacayo
que no sirve para nada;
porque yo, señor don Pedro,
vive Alá, que soy alhaja
digna de un emperador
y el tenerme en vuestra casa,
aunque esclavo, no ha de ser
para ninguna acción baja;
que habéis de tenerme en ella
como el que a un león regala
o un tigre, que sólo sirve
de engrandecerla o guardarla.

GUARDIÁN:

Discreto es el señor negro,
la comparación no es mala.
Muestras da de bien nacido
en el talle y en el habla.

PEDRO:

Pues, decidme, ¿quién sois vos?

ROSAMBUCO:

Las ocasiones pasadas
juzgué yo que lo habían dicho;
pero, pues ellas no hablan,
yo os lo diré claramente.
Haced todos se vayan.

PEDRO:

Vuestra caridad perdone
que ha días que traigo gana
de averiguar de este negro
muchas enigmas que guarda.

Proseguiremos después
la plática comenzada.

GUARDIÁN:

Yo me voy con condición
de que cumpláis la palabra.

Vase

PEDRO:

Vete, Mortero, a curar.

MORTERO:

Señor, si no nos iguala
aquí tengo que quedarme
a ser motilón. ¡Mal haya
quien no lo hiciere, y adiós!
Que no he de estar en tu casa
ni lidiar con ese perro,
cara de morcilla ahumada.

Vase

PEDRO:

Solos habemos quedado.
Háblame con confianza.

ROSAMBUCO:

Señor, puesto que mis obras
tan mal quién soy os declaran,
escuchadlo de mis labios.

PEDRO:

Ya mi silencio lo aguarda.

ROSAMBUCO:

Portocarrero ilustre,
para ejemplo de cuantos me envidiaron
entre prodigios, al nacer divinos,
de un adusto carbón los abisinos
el cuerpo me formaron.
Si ya el alma los cielos no criaron
de fuego tan sañudo
que queriendo enlazar el vital nudo,
blancos, puros y bellos,
los miembros abrasó al entrar en ellos.

Mi sangre esclarecida
en los primeros siglos fue temida,
tiñendo sus estrenas
del rey primero en las primeras venas
que aquesta sombra oscura
que mi nobleza anochecer procura,
pálida, triste, ingrata,
el honor desmiente, que dilata
con puros arreboles
de mis claras hazañas muchos soles.
El día, pues, que fue mi nacimiento,
con curso natural o con violento,
entre muchos desmayos
en un eclipse los ardientes rayos
de esa antorcha luciente,
vieron al mediodía su occidente.
Quedó el cielo lastimado
de mirar eclipsado
entre un color tan ciego
del mayor corazón el mejor fuego.
Con este ardid astuto
quiso vestir su resplandor de luto
si no es que ya envidioso
le pareció lo negro más hermoso,
y por hacer mayor su bizarría,
quiso de mi color vestir el día
en mis tiernas niñeces,
supliendo el alma de mi edad dos veces.
Brïoso avasallaba
el pueril escuadrón con quien jugaba
con altiva impaciencia
de no hallar en ninguno resistencia,
teniendo a poca gloria
reinar por elección, no por victoria.
El valor y el discurso de los años
de la razón y el brío tan extraños,
tan rudos y tan broncos,
que a nacer mudos se volvieran troncos.
Y hallándose el discurso tan despierto
mi valor determina
de buscar población de más doctrina
y en una embarcación mal aprestada
para Egipto enderezó mi jornada,
adonde a pocos días
fueron ilustres las hazañas mías.
Aquí, pues ofendido

de ver entre esta sombra oscurecido
mi corazón valiente,
un gitano, entre todos excelente
en el curioso, en el sutil desvelo
de investigarle su secreto al cielo
entre las hojas bellas
de su libro inmortal de las estrellas,
con mudas profecías
escrito halló el suceso de mis días.
Díjome: "Rosambuco, el cielo santo
en tu cuerpo un espíritu, un espanto,
fabricó milagroso,
que en tu muerte tendrás fin venturoso.
Entre varias naciones
han de causar asombro tus acciones,
y por tierras extrañas
el mar has de domar con tus hazañas;
y cuando más altivo
triunfar te mires, te hallarás cautivo.
Pero entre tanto, ten este consuelo
que ha de darte el rescate el mismo cielo.
Pero ante todas cosas te apercibo
que con tu estrella nunca estés esquivo,
que será con misterio
de introducirte a nuevo cautiverio;
mas será de tal modo
que el monarca mayor del orbe todo
se nombrará tu dueño.
Tú, gustoso y feliz en el empeño
de agradarle y servirle,
con fe tan inviolable has de asistirle,
que sin tener mudanza,
dichoso has de gozar de su privanza
y tanto se ha de honrar con tu persona,
que partirá contigo su corona.
Y el que te cautivó con celo santo,
bañado en tierno llanto
de hallarse en tan extraña maravilla,
doblará a tu sepulcro la rodilla".
Yo, pues, que en este anuncio misterioso
no menos asombrado que animoso,
en cuatro naves solas,
hermosa pesadumbre de las olas,
por sendas de cristal, rumbos de plata,
generoso pirata,
con alientos lozanos,

embarquéme en los mares africanos.
Al tiempo, pues, que con esfuerzo tanto
del cielo asombro, de la tierra espanto,
con mi temor del orbe se embaraza,
se cumplió del gitano la amenaza,
pues apenas mis naves y tus naves
del salobre elemento aladas aves,
cara a cara se vieron,
fuerza a fuerza embistieron
cuando bizarro te embistió mi enojo
de mi altiva ambición cierto despojo.
El riesgo en que estuviste
medroso allí le viste,
y aquí no has de negarle valeroso,
pues que sólo venciste por dichoso;
puesto que un religioso franciscano,
al entrar yo en tu nave victorioso,
me detuvo furioso;
tenía en la diestra mano
de un hombre un bulto que enclavado a un leño,
retroceder me hizo de mi empeño
cuando por cinco puertas
que el golpe de la envidia trae abierta
me arrojó tanto fuego
que deslumbrado y ciego
hallé que había perdido
a un tiempo la victoria y el sentido.
Su voz me amenazaba
que otra mayor victoria le faltaba.
A Palermo cautivo me trajiste
dende mil veces el esfuerzo viste
que mi pecho acompaña
en una y otra valerosa hazaña;
pues siempre que a tu lado
de todos tus agravios te has vengado,
todos tus enemigos te han temido,
a todo te he asistido
con que mi nombre se ha extendido,
que de Palermo soy único espanto.
Y pues ya he conocido
que, en la desdicha, verdadera ha sido
del astrólogo fiel la profecía,
suspenso aguardo la ventura mía.

PEDRO:

Con lo que me has referido,

tan admirado me tienes,
que no sé de esos presagios
si los tema o los venere.
Mas, pues, que soy tan dichoso
que ya que quiso la suerte
que a ser esclavo llegases
y a mi posesión vinieses,
no pienso de aquí adelante
como cautivo tenerte;
que si a tu esfuerzo y nobleza
puedo tan seguramente
empresas de honor fiarlas,
desde aquí quiero que quedes
por compañero en las mías;
y supuesto que ya entiendes
el odio que contra el conde
en mi corazón se enciende,
desde que mató a mi hermano
[y] el amor que vive siempre
de su hermana en mi pasión...
de Laura digo, a quien debe
el aliño y la belleza,
cuando entre púrpura y nieve
en los candores del alba
se abrasa hermoso el oriente,
a que aquesta dicha logre
y aquella venganza acuerde,
tu valor me ha de ayudar.
Bien has visto que él defiende
su odio con tanta copia
de aliados y parientes
cuando forastero yo,
sólo este brazo valiente
conozco de mi facción
que me defienda y me vengue
Esta noche he de robar
y guardar secretamente
a Laura hasta que del conde
ponga en efecto la muerte.
Luego he de partir a España
donde mis dichas se aumenten
ufanas con los amores
y con la venganza alegres.
¡Ea, fuerte Rosambuco,
aquí tu valor se muestre!
Porque en la imperial Madrid,

al primado de los reyes,
de tu valor informado,
dichoso las plantas beses
y en dilatar sus blasones
tu invencible acero empeñe,
y así se cumplan las glorias
que tu estrella te promete.

ROSAMBUCO:

Sin duda que así mis dichas
cumplirme los cielos quieren.
Ya tu venganza y tu amor,
señor, en las manos tienes.
¿Has hablado a Laura?

PEDRO:

Sí,
y en el ser robado viene
pero la venganza ignora.

ROSAMBUCO:

Que no la sepa conviene,
que la ha de estorbar sin duda;
mas, pues, tan afablemente
mis secretos has oído,
revelarte el pecho quiere
uno, el más extraordinario
que a mis fortunas sucede.
¿No has visto el bulto de mármol,
siempre mudo, inmóvil siempre,
que es de Benedicto Esforcia
el fundador excelente
de este convento e iglesia?
Pues yo no sé qué se tiene
de misterio, que al mirarle
toda el alma se suspende,
todo el corazón se hiela,
y este pecho, que no teme,
ni ha temido al mundo todo,
con miedo tan vehemente
le mira que sin poder
refrenarme ni vencerme
los cabellos me erizan,
los huesos se me estremecen
y que se mueve imagino
y que me habla parece.

Y aun sólo de referirlo
tanto horror el alma siente,
que vive Alá, que me corro
de que un pecho tan valiente
como el mío, a lo pueril,
de un agüero se sujete.

PEDRO:

Pues, ¿qué ocasión has tenido
de extrañarte y de temerle?

ROSAMBUCO:

Ninguna, y como estas cosas
acaso nunca suceden,
temo que allí algún secreto
guardado los cielos tienen.

PEDRO:

También la imaginación
obrar tales cosas suele;
pero al fin, en la verdad,
sea tu tema lo que fuere,
Rosambuco, lo que importa
es que tu valor se muestre
esta noche en lo tratado.

ROSAMBUCO:

Con un escuadrón de sierpes
embestiré, ¡vive Alá!
Si de sólo aquesto pende
tu gusto, ya está en tu mano.

PEDRO:

De mi hermana Estrella viene
allí la negra, y no puedo
a escucharla detenerme,
que algún recado traerá.
Llega y mira lo que quiere
que a ver voy al Guardián
para que él me aconseje
que deje el odio del conde
que en mí vive eternamente.

ROSAMBUCO:

¿Y Estrella sabe, por dicha,
que a Laura robar pretendes

y matar al conde César?

PEDRO:

Sí.

¿Pero en saberlo puede haber estorbo?

ROSAMBUCO:

¡Muy grande!

Has procedido imprudente porque el conde adora a Estrella; y aunque es verdad que en mujeres como tu hermana no cabe ningún afecto imprudente, con mujeril compasión romper el secreto puede.

PEDRO:

Es Estrella muy discreta y no temo que le quiebre. Mira qué quiere esa negra y envíala brevemente.

ROSAMBUCO:

(Animo corazón mío, Aparte que con la ocasión presente he de hacer que al quinto cielo ufana mi fama llegue).

Vase PEDRO y sale CATALINA, negra

ATALINA:

¡Ah, Losambuco! ¡Ah, zeolo!

ROSAMBUCO:

¿Qué es lo que la galga quiere a Rosambuco?

CATALINA:

¡Jezú!

En vonsancé hallamo siempre mala obla, mala palabra, moliéndome yo por velle, y cuando le culumbramo recibirnos con desdenes. Zi zamo galga la negla,

galgo zamo su mercede,
y azí buzcamo lo galgo
para andar cogiendo liébrez.

ROSAMBUCO:

Negra de todos los diablos,
¡no te he dicho que me dejes?
Sin duda que algún demonio
te instimula que me inquietes;
que por Alá, que a entender,
que como tú me pareces,
parezco yo a los demás,
me diera doscientas muertes.
Siguiéndome a todas horas,
¿qué me apuras? ¿Qué me quieres?

CATALINA:

Mila, zeolo, vosancé,
zi helmoso, galano eres
a mis ojos, más y mucho
que la rosa que enflorece,
yo se anzabache, que tú
traen la cara plandeciente;
es una saeta de amor,
que la ha tirado en la flente,
y travieza el culazón
que ce fina por quelelte.
Zazu, que molelme, hermano.

ROSAMBUCO:

¡Miren qué desquite aqeste
para un buen desesperado!
¡Esta higa solamente
faltaba a mi vanidad!
¡Qué los cielos dispusiesen
que un hombre de tales brazos,
de espíritu tan ardiente,
y de presunción tan alta
en una región naciese
donde, si hay valor se esconda,
donde, si hay fealdad se muestre,
donde el corazón bizarro
oculto en el pecho quede,
y del color la ignominia
anda en el rostro patente!
¡Reniego de mi fortuna!

¡Qué las deidades se hiciesen
para hombrecillo, que sólo
una tez hermosa tienen
y por dicha un corazón!
Pero discurso, detente,
que tú solamente bastas,
por Mahoma, a enloquecerme.

CATALINA:

¡Zezú, qué desesperado!
¿Tanto erramo por querenle?
No sea vosancé tan lindo.

ROSAMBUCO:

¿Qué es esto que me sucede?
Pero Celio viene allí.

CATALINA:

¡A qué mal tiempo que viene!

Sale CELIO

CELIO:

¡Rosambuco!

ROSAMBUCO:

¿Celio, amigo?

CELIO:

¿Y el señor don Pedro?

ROSAMBUCO:

Fuése
a hablar al padre guardián.

CELIO:

Pues a mí me importa verle
y avisarle, que dispuesta
Laura, mi señora, tiene
para seguirle esta noche;
y que advierta juntamente,
que el conde anda receloso
y así las cosas gobierne
con cordura y con cautela
porque sucedan de suerte
que se logre su cuidado.

ROSAMBUCO:

Celio, Celio, el miedo pierde,
pues que de mi valor
ya todo el suceso pende.
Dile que yo estoy aquí.
Cuando necesario fuese
romperles a las estrellas
aquellos eternos ejes
en cuyos dorados quicios
tornos de cristal se mueven,
lo intentara, ¡vive Alá!
Mas di a Estrella que no puede
ir mi amo allá esta noche
que cierta ocupación tiene;
y así, que no hay que aguardarle.
Anda, Catalina, vete,
que allá te están esperando
y a mí me da enfado verte.

CATALINA:

Plegan Dioso, ingrato amante,
que muelas del mal que muele
mi esperanza. ¡Ah, ingrato mío
cuál me llevan tu desdene!

ROSAMBUCO:

Ven, Celio, y a mi señor
le dirás lo que le quieres.

CELIO:

Vamos muy en hora buena.

Vanse y salen el CONDE y VILHÁN

CONDE:

¡Vive Dios, que me parece
que era Celio aquél que entró
con el negro!

VILHÁN:

Sí, bien puede,
sin ser milagro, ser Celio;
mas señor, saberlo puedes
de esta negra. Ven acá.

CATALINA:

¿Qué me manda vosaccede?

CONDE:

¿Quién era aquél que allí entró
y habló con el negro?

CATALINA:

Mente,
que no era Celio, seolo.

CONDE:

(¡Ay de mí! ¡Qué claramente Aparte
con negarlo antes de tiempo,
el delito se convence!)
Ya yo sé que no era Celio,
mas estos doblones tienes
si me dices lo que hablaron.
Y si negarlo pretendes,

Saca la daga

te he de dar con ésta. Mira
lo que escoges, no lo yerres.

CATALINA:

Con la cuchilla me panta,
y me abranda con los treses
la veldad. ¿Qué Condecillos?
Decíale que viniese
mi amo a su casa esta noche
porque a su ama se lleve.

CONDE:

¿Qué te parece Vilhán?

VILHÁN:

Conde César, me parece
que no espantes a esa negra,
porque no sea que revele
que este secreto te ha dicho;
que sobre tu casa veles,
que estorbes el deshonor,
y al atrevimiento vengues.

CONDE:

Catalina, eres honrada,

toma este bolsillo y cree
que siempre te he de amparar.

CATALINA:
Paguen Dioso la mercede.
¿Qué lindo bocal bosillo!

CONDE:
Vete, Catalina, vete.

CATALINA:
Quédate con Dioso.

CONDE:
Él te guarde.

Vase CATALINA

¿Qué hay que fiar en mujeres
si es tan aleve una hermana
que a su deshonor se atreve
sin que enemistades tantas
en su pasión la refrenen?
Ven, Vilhán, a prevenir
tan grandes inconvenientes.

VILHÁN:
Vamos, señor, que esta espada
es una sarta de muertes,
que las siembra, ¡voto a Dios!,
a pares cuando se ofrece.
(Miento, que soy un gallina). Aparte

CONDE:
¡Mal haya el honor mil veces
que su asiento en la cabeza
de una fácil mujer tiene!

Vanse y salen LAURA y CELIO con luces

LAURA:
¿Hablaste a don Pedro?

CELIO:
Sí,
y si tú vieras, señora,

con qué fineza te adora,
como se muere por ti
al verte tan empeñada,
estuvieras muy gustosa
de que, aunque eres tan hermosa,
estás muy bien empleada.

LAURA:

¡Ay, Celio! De aqueste amor
quisiera que resultara
que en don Pedro se acabara
la enemistad y el rigor;
que no creo que conmigo
sino, cual dices, está
quien de mi hermano se da
por capital enemigo
porque la verdad parece
contradecirse entre sí,
el quererme bien a mí,
quien a mi sangre aborrece.
Que si don Pedro me amara,
como dices, con afecto
sin duda por mi respecto
a mi hermano perdonara.
Mas mi amor tan ciego está
y quiere tan animoso
que el verle tan sospechoso
crédito entero le da.
Estoy resuelto a seguirle
aunque parezca flaqueza
porque con esta fineza
vendré sin duda a rendirle.

CELIO:

Él tiene determinado
que esta noche se concluya
la ventura de ser suya.

LAURA:

¿Quién acá dentro se ha entrado?

Salen ESTRELLA y CATALINA con mantos

ESTRELLA:

A verte, mi hermana Laura,
con harto cuidado vengo,

tan penosa que a estas horas,
atropellando respetos,
a inconvenientes me expongo,
de mi estado tan ajenos,
por ver si puedo estorbar
muchas desdichas que temo.

LAURA:

(¡Oh, nunca hubieras venido! Aparte
Mas quizá te trae el cielo
para que no me despeñe,
que ya es hora que don Pedro
venga para ejecutar
tan locos atrevimientos).
Que tú vengas con disgusto,
Estrella, es lo que siento
mas tu pena, sea cual fuere,
si yo quitártela puedo,
lo que tardas en decirla
tardará en tener remedio.

ESTRELLA:

Pues, mi Laura, yo he sabido
que está mi hermano resuelto
a llevarte aquesta noche
y que tú estás en empeño
de seguir su voluntad.

LAURA:

¿Quién te ha dicho que en mi pecho,
Estrella, puede caber
tan desordenado afecto?
¡Viven los cielos, señora...!

ESTRELLA:

Deja, Laura, los extremos
que yo no vengo a culparte
ni contradecirte quiero
tu amor, que por mi desdicha
también experiencia tengo
de lo que puede el amor,
que al conde, tu hermano, quiero,
como ya tendrás noticia;
y solamente pretendo
que como amigas las dos
nuestro amor comuniquemos

rompiendo, para entrambas,
con llaneza este secreto.
Que contra los dos se esconden
muchos lastimosos riesgos;
que evitemos las desdichas
y dispongamos los medios
para los dos de paz
y el amor las dos gocemos.

LAURA:

Hablas con tanta cordura
que fuera traje grosero
de mi amistad el negarte
los más guardados secretos.
Verdad es lo que sospechas;
a tu hermano, Estrella, espero
resuelta y enamorada,
que de otra suerte, no pienso
que podré lograr mi amor
por la enemistad y el duelo
que entre don Pedro y el conde,
bárbaramente sangriento
quiere llegar al enojo
de la venganza al extremo.
Opuestos los mira a entrambos;
por la sangre al uno quiero,
por la inclinación al otro.
Tu hermano firme y entero
en la enemistad porfía
que al fin, de mi hermano, creo
que es más fácil de rendir.
Con esta fineza pienso
que don Pedro ha de obligarse
que es bizarro caballero.
Y hallándose agradecido
a la caricia y al ruego,
¿cómo se ha de resistir?
Éste es, Estrella, mi intento.

ESTRELLA:

¡Ay, Laura, cómo discurre
los corazones midiendo
por el tuyo que es piadoso!
Sabe, amiga, que don Pedro
amante quiere robarte
y en teniendo este bien cierto,

darle la muerte a tu hermano.
Y luego tiene dispuesto
para salir de peligros
el pasar a España huyendo.
Tú en esto a tu hermano pierdes;
yo pierdo a mi esposo en esto.
Más cordura es, Laura mía,
adelantar el remedio.
Que si ofreciéndole amor,
la paz le pides en precio,
deteniéndote al contrato
hasta que cumpla primero;
él te quiere de manera
que por lograr su deseo
ha de romper por su enojo.
Que en un corazón discreto
si llegan a competir
el odio y amor a un tiempo,
siempre a fuer de sinrazón,
puede la venganza menos.
Y con esto, Laura mía,
ufanas las dos vencemos,
tú rescatas a tu hermano
y yo a mi esposo no pierdo.

LAURA:

Digo, Estrella de mis ojos,
que el discurso es tan discreto,
tan útil la prevención
y tan piadoso el consejo,
que a seguir tu parecer,
como amiga, me resuelvo.
Y aunque siempre te he estimado
con más fineza te ofrezco
ser tu hermana y ser tu amiga.
Y vete agora, que temo
que don Pedro llegue ya,
y si ha tenido recelos
de que es el conde tu amante,
tomará motivo nuevo
de enemistad con hallarte
a tal hora en este puesto.

ESTRELLA:

Dices bien. A Dios te queda.

LAURA:
Pero aguarda.

Salen don PEDRO y ROSAMBUCO, con espadas desnudas y broqueles

PEDRO:
¡A lindo tiempo
pienso que hemos llegado!

CATALINA:
¡Jezú! ¿Qué es esto que vemo?
¡Ay, seola, que es seolo!

ESTRELLA:
¡Válgame Dios!

PEDRO:
¿Qué es aquesto?
¿No es mi negra?

LAURA:
(¡Qué desdicha!) Aparte

PEDRO:
(Una mujer allí veo Aparte
que de mí se ha recatado.
¿Si fuese Estrella? Yo cierro
la puerta para inquirir
si es verdad lo que sospecho).

ROSAMBUCO:
Aquí temo algún fracaso.

Descúbrese ESTRELLA a ROSAMBUCO

ESTRELLA:
Rosambuco, si en tu pecho
hay nobleza y valor,
ya reconoces mi riesgo.

ROSAMBUCO:
Quiétate y modera el susto
que ya, señora, te entiendo.
Soy tu esclavo; he de servirte.
Mi fe y palabra te empeño.

PEDRO:

Laura, ¿quién es esta dama?

ESTRELLA:

(¡Mortal el color ha puesto!) Aparte

LAURA:

¿Qué importa que sea quien fuere?

Amiga mía, yo tengo

a solas necesidad

de hablar al señor don Pedro.

Perdóname, que mañana

de ir a visitarte ofrezco.

PEDRO:

Yo, Laura, con tu licencia,

he de conocer primero

quién es aquesta señora.

LAURA:

Eso fuera ser grosero

y es un lugar muy sagrado

mi casa, señor don Pedro,

para tanta demasía.

ESTRELLA:

(¡Aquí, sin duda, me pierdo!)

LAURA:

Esta señora es mi amiga,

vino a verme de secreto

y por ventura la importa

que no la veáis.

PEDRO:

Por eso,

que a su honor le importara

a no ser lo que yo temo.

Y para que no perdamos

en más razones el tiempo,

a mi negra he oído hablarte.

Bastante he dicho con esto.

No me permitáis que lleve

a perderos el respeto.

Yo he de conocer quién es.

ROSAMBUCO:

Aquí te pones a riesgo
de quedar con más desaire;
pues si no saliese cierto
el juicio que has fabricado,
por dicha sin fundamento,
corrido te has de quedar
con gran causa, de haber hecho
acción que tanto desdice
de un bizarro caballero.
Repórtate por tu vida.

PEDRO:

Y si fuese lo que pienso,
¿cumpliré bien con mi honor
con haber andado cuerdo?

ROSAMBUCO:

En casos de tanta duda
es discreción y es acierto
pensar siempre lo mejor.

PEDRO:

Yo no te pido consejo.

ROSAMBUCO:

Pues yo te le debo dar
que aunque esclavo y aunque negro,
sabes las obligaciones
que a mi mucho valor tengo.
Las leyes de honor no ignoro,
y puesto que eres mi dueño,
contra el tuyo no pasara
el átomo más pequeño.
Tú miras apasionado
lo que yo sin pasión veo,
y así debes presumir
de mi elección más acierto.

PEDRO:

En vano me persuades.

ROSAMBUCO:

Repórtate.

PEDRO:
Estoy resuelto.

ROSAMBUCO:
¿Y el empeño a qué viniste?

PEDRO:
Éste es más forzoso empeño.

ROSAMBUCO:
Mira que pierdes tu amor.

PEDRO:
Mi honor ha de ser primero.

ROSAMBUCO:
¿Qué? ¿No hay de poder contigo

la razón

PEDRO:
A nada atiendo.

ROSAMBUCO:
Pues mira cómo ha de ser,
que yo a esta dama defiendo.

Pónese al lado de ESTRELLA

PEDRO:
Perro, ¿contra tu señor?

ROSAMBUCO:
Cuando la lealtad de un perro
contra su señor se vuelve,
sin duda está en grande aprieto.
Ella de mí se ha valido,
tiene razón, tú estás ciego,
a ella un deshonor la evito,
y un desastre te defiendo.

PEDRO:
¡Vive Dios, que he de matarte!

Sacan las espadas

ROSAMBUCO:

No será muy fácil eso.
Yo, señor, no he de ofenderte
que aqueste gallardo acero
sabr  guardarte y guardarme
que sobre alentado es diestro.

PEDRO:
 Contra m  sacas la espada?

ROSAMBUCO:
Yo solamente pretendo
a esta dama defender.
Arr jate, pues, resuelto
y quiebra agora tu enojo
que sin duda vendr  tiempo
en que aquesta acci n me alabes.
T rame, que yo resuelto,

Ri en y no le tira ROSAMBUCO

sin que mi acero te ofenda,
s lo a defenderla atiendo.

PEDRO:
 Aguarda, infame!

ROSAMBUCO:
 Llamaron!

LAURA:
 Mayor pena es  sta, cielos;
que  ste es mi hermano!

Dentro

CONDE:
 Abre, Laura!

ESTRELLA:
Vengan desdichas y riesgos.

Sale CELIO

CELIO:
 Ay, se ora!  Qu  he de hacer?

ROSAMBUCO:

Llegó de todo el remedio;
abre al momento la puerta.

Abre la puerta y salen el CONDE y VILHÁN

PEDRO:

¡Qué malograrse mi intento!

CONDE:

¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?

ROSAMBUCO:

Aquí el abreviar con ello
es el consejo más sano.

CONDE:

¿Qué es esto, agravio?

Sacan las espadas

ROSAMBUCO:

Esto es esto.

Mata la luz

Mataros a cuchilladas.

Señora, no tengas miedo,
fía de mí, que de todo
hemos de salir sin riesgo.

CONDE:

¡Muera quien mi casa ofende.

PEDRO:

¡Qué la luz falte a este tiempo
para no haceros pedazos!

ROSAMBUCO:

Agradecedlo al empeño
en que estoy, todos, la vida.

VILHÁN:

¡Por Dios, que tira el sabueso
temerarias tarascadas!

LAURA:

Aquí, Celio, nos perdemos.

CELIO:

¡Qué no trujese yo espada!

VILHÁN:

Pues, ¿qué la hizo, buen viejo?

ROSAMBUCO:

Ya con la puerta encontré.

Ven, señora.

ESTRELLA:

Yo te debo
vida y honor.

Saca ROSAMBUCO a ESTRELLA

CONDE:

Al fin vais,
como cobardes huyendo.

PEDRO:

Seguir me importa [a] la dama.

CONDE:

Aguardad, que hasta el infierno
os he de seguir, traidores.

VILHÁN:

Llevaremos pan de perro.

Dentro

ROSAMBUCO:

Ya, señora, estáis en salvo.
Vete, pues, que yo me quedo
a estorbar que no te sigan
y a defender a mi dueño.

LAURA:

Celio, ¿qué desdicha es ésta?

CELIO:

¡Válgate el diablo por negro!

Yo fuera a ver en qué para
si no temiera el braguero.

Vanse. Sale MORTERO

MORTERO:

Ya serán las dos. ¡Oh, pesia
mi mala dicha! ¿Qué es esto?
Que estoy como niño expuesto
a la puerta de la iglesia.
Maitines ya han acabado
los frailes y ya se han ido
a recoger, y perdido
en tinieblas me han dejado
donde, a mi pesar, despierto,
aguardo, Dios me es testigo,
a que de hablar conmigo
le dé tentación a un muerto.
Que un hombre quiera aprender
el oficio más rúin
tiene excusa, porque al fin
con él gana de comer.
Mas que haya hombre tan menguado,
tan sin pundonor y juicio,
que por no aprender oficio
se acomode a ser criado,
donde él ha de madrugar
cuando el amo está durmiendo.
Si está cenando o comiendo
no ha de hacer más que mirar.
Del mundo, entre los enojos,
¿haber podrá mayor pena
que tras una boca llena
faltárseme a mí los ojos?
¿Hay rigor como en verano
ver que lo frío se emboca
y estar yo seca la boca
con la garrafa en la mano?
Si está alegre, he de reír.
Si está triste, he de llorar.
Si come, he de ayunar.
Si echa mano, he de reñir.
Si enamora, he de rondar.
Si visita, serenarme.
Si pierde, he de mesurarme,
y si tarda, he de aguardar.

¡Mal haya hombre tan ajeno
de sentido, y de razón
que está por una ración
a estas horas al sereno!

Salen don PEDRO y ROSAMBUCO

ROSAMBUCO:

¡Por Dios, señor, que has mostrado
en la pendencia tu brío!

PEDRO:

Por tu valor, Rosambuco,
lindamente ha sucedido.
Yo te perdono el enfado
que me diste.

ROSAMBUCO:

Señor mío,
véngate agora de mí,
pues a aqueos pies me rindo.

Hinca la rodilla

PEDRO:

Levántate, Rosambuco.
(No sé qué en su rostro miro Aparte
que apenas puedo arrojarme
con andar tan atrevido).

ROSAMBUCO:

Si no llegara el virrey,
¡por Mahoma!, que imagino
que se acabaran los bandos.

PEDRO:

Al fin, desaparecimos
a buena ocasión.

ROSAMBUCO:

¡Famosa!
Juzgo que quedan heridos
algunos, y alguno muerto;
y no me ha de quedar vivo
ninguno de tus contrarios.

MORTERO:

(Cerca dos bultos diviso. Aparte
Mi amo será y el mastín).

ROSAMBUCO:

Ya que estamos en el sitio,
señor, de Jesús del Monte,
quiero enojarme contigo
porque aunque negro y esclavo,
no soy tampoco ladino
que no sepa en qué ocasión
a un esclavo es permitido
sacar con su amo la espada
aunque nunca es con designio
de ofenderle en un cabello,
que eso fuera desatino.
La dama que tú quisiste
conocer, habló conmigo.
Díjome que era casada,
y si la vieses, preciso es
perder contigo opinión;
y cuando juntos salimos
al pasar por una tienda
la conocí, y certifico
que no es la que imaginaste.

PEDRO:

De ti, Rosambuco, fío,
como noble y como leal,
todos los recelos míos.

ROSAMBUCO:

Puedes fiarlos, señor,
tan bien como de ti mismo.

PEDRO:

Ya hemos llegado a la casa
del seráfico Francisco.
¿Es Mortero?

MORTERO:

Sí, señor.
Seas mil veces bien venido.
Con la llave de la iglesia
te aguardo hecho monacillo,
que monazo te aguardara

si hubiera dejado vino.

PEDRO:

¿Hay luz en la celda?

MORTERO:

No.

PEDRO:

¡Qué nunca estés prevenido!
Ve, y en la lámpara enciende.

MORTERO:

Ya yo la hubiera encendido
si tanto ánimo tuviera,
que hay muerto que, ¡vive Cristo!,
que le agarra a un hombre un pie
sólo por verle dar gritos.
Luz de iglesia, es luz eterna,
y nunca se habla conmigo
que soy hombre temporal.
Rosambuco tiene brío
y engañará a cualquier muerto
con aqueste colorcillo
que juzgarán que es bayeta
con que se estarán queditos
y le darán pasaporte.

PEDRO:

Tú tienes gentiles bríos.
Rosambuco, por tu vida,
que enciendas luz.

ROSAMBUCO:

¿No te ha dicho
que me avisa una ilusión?

PEDRO:

Si temes, por eso mismo
a ese agüero has de vencer.
Ven tú, Mortero, conmigo,
y tú trae la luz.

MORTERO:

Y si acaso
te espantare algún vestigio,

el zancarrón de Mahoma
sea, Rosambuco, contigo.

Vanse PEDRO y MORTERO

ROSAMBUCO:

¡Por Mahoma, que he quedado
medroso como corrido!
Pero, ¿qué es esto, valor?
¿Dónde estáis, corazón mío?
¿Estos brazos no podrán
contra el horror del abismo
batallando, deshacer
sus encantados prodigios?
Pues, ¿cómo llego a temer
un bulto de mármol frío?

Corren una cortina, y aparece en un altar un bulto
de mármol que será un hombre con su manto capitular
y una lámpara encendida

Mas, ¡todo el cielo me valga!
Que algún secreto divino
ya le deposita airado
en lo yerto de este archivo.
Quiero alentarme y no puedo
que parece que le miro
mover contra mí, por ojos,
dos ardientes basiliscos.
¿Por qué me miras airado,
me amenazas vengativo?
Si triunfar de mí procuras,
yo me rindo. Yo me rindo
y te vuelvo las espaldas.

Hace que se va

¿Pero qué mortal delirio
me obliga a este rendimiento?
¿Y estos desmayos permito?
Volved, aliento, por vos.
Insensible, inmueble, y fijo
se está el mármol. ¡Vive Alá,
que he de desquitar con brío

lo que perdí en el asombro!
Y he de vencerme a mí mismo,
y tocarle con las manos
y agraviado y ofendido
hacerle trozos en ellas
para convencer que ha sido
una pueril ilusión
y no superior prodigio.
Pavorosa estatua, espera,
que no te valdrán hechizos
contra mi valor.

ESTATUA:
Detente.

ROSAMBUCO:
En vano el esfuerzo animo.
Mármol, sombra, hielo, asombro,
que de los lagos estigios
vienes a ser de la muerte
un funesto paraninfo,
¿qué me quieres? ¿Qué me quieres?

ESTATUA:
No temas. Dios Uno y Trino,
a quien no conoces, hoy,
Rosambuco, te ha escogido
para basa de su iglesia.
Que no hay corazón altivo
que a su poder no se rinda;
quiere hacerte de este sitio
gloria y protección a un tiempo,
y con acuerdo divino
por ser yo su fundador,
por tu apóstol me ha elegido.
Deja tu profeta falso;
recibe el santo bautismo
y profesa en esta casa
la regla de San Francisco.
Yo soy Benedicto Esforcia
y así, el nombre de Benito
has de tomar, que esto haciendo,
Dios será siempre contigo.
Quédate en paz, que a mi reposo
del túmulo me retiro.

Cierran la cortina

ROSAMBUCO:

¡Válgame el poder de Alá!
¿Qué es lo que he escuchado y visto?
Y, ¿qué es lo que estoy mirando?
¿Si es ilusión del sentido?
¿Si lo ha fingido el temor?
Pero, ¡no! En acentos vivos
lo que nunca he pensado,
con claras voces me dijo,
y dentro en el corazón
no sé qué impulso divino
me persüade elocuente
que es verdad y no delirio.
Embajador prodigioso,
si del Autor del Olimpo
verdad eterna me anuncias,
su santo decreto admito,
su secreto reverencio,
y a su cumplimiento aspiro.
Es la gloria que me anuncias
de valor tan excesivo
que pide su ejecución
todo el poder infinito.
Yo la voluntad ofrezco,
rindiendo el humano arbitrio.
Obre en mí, Dios, su palabra
que sin falta yo me rindo
que humano poder no alcanza
misterio tan peregrino.
Sienta yo en mi corazón
de Dios superior auxilio,
y conoceré con eso
que es verdad cuanto me has dicho:
que mi religión es falsa,
que es cierta la ley de Cristo,
que Jesús es mi pastor,
que me recoge a su aprisco,
que la religión me llama,
que me convida el bautismo,
y finalmente, que puede
como Señor Uno y Trino.

ACTO SEGUNDO

Sale VILHÁN como espantado

VILHÁN:

Ésta es de Jesús del Monte
sin duda la portería
cuyo sitio deshacía
en belleza y horizonte,
a cuantos Italia tiene
desde Génova a Sicilia
donde su heroica familia
Francisco en virtud mantiene
que variada en arrebol,
sagrado y honrado el suelo,
barrio parece del cielo
y ciudadela del sol.
Aquí, como en fortaleza
y soberano castillo,
el seráfico caudillo,
de tanto escuadrón cabeza,
defiende altivos soldados
de la humana tempestad,
de pobreza y humildad
valerosamente armados.
Y aquí contra el español
arrogante, por espía,
por dicha, César me envía
porque como caracol
dentro en la cáscara intenta
matarle. Arriesgado a todo
trance, el respeto y modo
de su venganza sangrienta,
que se le debe al virrey
y a este convento sagrado;
hacia acá viene un donado
de lechón que a toda ley
debe engordar mucho más
y estar libre de desgracias
a Dios sirviendo.

Sale MORTERO de donado

MORTERO:

"Deo gracias."

VILHÁN:
Padre, por siempre jamás.

MORTERO:
¿Qué busca, Vilhán hermano,
en Jesús del Monte?

VILHÁN:
Quiero
conocerle.

MORTERO:
Fray Mortero
soy, español mal cristiano,
y a Dios convertido ya,
que mi padre San Francisco
me ha recibido en su aprisco
por su oveja.

VILHÁN:
Bien está.

MORTERO:
Y agora voy a pedir
limosna a Palermo en ese
borrico que, aunque pese
al infierno, he de venir
de pan a casa cargado,
que este milagro notorio
le prometió al resistorio
del seráfico sagrado
Dios padre todos los días.

VILHÁN:
Lo seguro y verdadero
ha escogido, Fray Mortero.

MORTERO:
Lo demás es tropelías.

VILHÁN:
Mas, ¡vive Dios!, que me extraña
la resolución con que
se ha determinado.

MORTERO:

Fue
condición supitaña.
Llamóme Dios muy aprisa
y arrastróme su poder,
enfadado de comer
siempre tormenta precisa
en tierra, y más de soldado
y escudero galadín
y de rocín a rüín
mal comido y mal pagado,
tras un amo broquelero,
que con un perro de ayuda
que trae, ningún riesgo duda
de acometer caballero
andante, nuevo Amadís,
sin seguridad jamás,
la vida arriesgo de un faz
la condenación a un tris.
Valíme de la ocasión
que a nadie Dios desampara
de estar retraídos, para
echar de la religión.
Dióme el padre guardián
luego que le pedí
el hábito, y reducí
mi vida, hermano Vilhán
a esta cuerda, que es trabuco
con que venzo a Satanás,
cosa que no hará jamás
el hermano Rosambuco.
Que me dijo en la cocina
ayer que por su olla entró
que me había hecho yo
religioso de gallina.

VILHÁN:
Pienso que dijo verdad.

MORTERO:
Hermano Vilhán, él miente.
Quien a Dios busca, es valiente,
lo demás es vanidad.
¿Qué hay en el siglo de nuevo?
¿Úsase en él todavía
el engaño que solía?
¿Anda el vicio tan mancebo?

¿Tan caduca la virtud?
¿Tan pobre la caridad?
¿Tan desnuda la verdad?
¿Tan rica la ingratitud?
¿La ceremonia tan viva?
¿La desvergüenza tan clara?
¿La riqueza tan avara?
¿La obligación tan esquiva?
¿Andan cumpliéndose antojos
la dicha y necesidad?
¿De medio ojo la amistad
y la envidia con cien ojos?
¿No fían los mercaderes
al valor y la hidalguía?
¿Y pídense todavía
celos hombres a mujeres?

VILHÁN:

Padre Fray Mortero, no ha
tanto que su reverencia
ha hecho del siglo ausencia
que estar trocado podrá.
Todo está como se estaba
y va peor cada día
que es mala mercadería
hombres y mujeres.

MORTERO:

Brava
dicha en librarme he tenido
de salir de confusión,
¡y más en esta ocasión!
Pero esto, ¿qué ha sido
la de ven y voy acá?

VILHÁN:

Anda el conde dando trazas
de dar al mastín zarazas
y a su dueño.

MORTERO:

No podrá,
que le guardan lindamente
porque del virrey sospechan
que ministros los acechan
y andan más diligente

en sacarlos de Jesús
del Monte; que no saldrá
el mastín de donde está
aunque le diga "¡tus, tus!",
el gran turco Solimán
de quien fue alano primero,
y menos Portocarrero.
Guárdese, hermano Vilhán,
no le encuentre alguno de ellos
en el sitio, que podría
librar mal y ser espía
perdida de veras.

VILHÁN:

Ellos,
y otros tantos no me dan
cuidado si me acompaña
esta espada, y en campaña
se desenvuelve Vilhán;
que verán como les gasto
las vidas y los aceros,
y échenme Portocarreros
y Rosambucos a pasto.

MORTERO:

Medrado está de valor,
hermano Vilhán, mas ya
lo habrá menester que está
con nosotros sin temor,
ni vergüenza del virrey
ni todo el linaje humano.
Si no me engaño, el hermano
Rosambuco, can del rey,
es el que viene.

VILHÁN:

¡Oh, pesia
el que a Italia le ha traído!
¡Qué un alano mal nacido
ha de valerle la iglesia,
saliéndose a pasear
fuera de ella para ocultos
y descubiertos insultos
de noche en tierra y en mar!
Quiero apartarme de aquí
porque no me dé ocasión

de alguna demostración.

Sale ROSAMBUCO

ROSAMBUCO:

¡Ah, gentil hombre!

VILHÁN:

¡Ay, de mí!

¿Qué manda vuestra merced?

ROSAMBUCO:

¿A dónde deja a su amo?

MORTERO:

(Acudió el tordo al reclamo Aparte
y Vilhán cayó en la red).

VILHÁN:

Yo no tengo amo ni soy
quien vuesa merced imagina.

ROSAMBUCO:

¿Negarme quiere el gallina
lo que conociendo estoy?

VILHÁN:

Yo nunca, cuando...

ROSAMBUCO:

¡Por vida
de don Pedro y por Mahoma
que a bocado me lo coma!

MORTERO:

(Vilhán es mala comida). Aparte

ROSAMBUCO:

¿Piensa que soy tan bozal
o tan bárbaro porque
tan atizado me ve
que darme este papasal
quiere con vanos intentos?
Sepa que soy tan ladino
que en átomos le imagino
las combras, los pensamientos,

que ésta es, en vez de cristal
porque al sol la luz no empache
una cara de azabache
de un alma como un coral.
Con ingenio tan profundo
que aunque el cielo más porfía
hacerme borrón del día
y negro lunar al mundo,
tan esclarecido está
de este abalorio prolijo
que puedo llamarme hijo
de la reina de Sabá.

MORTERO:

(¡Qué leído es el mastín! Aparte
Pero puede ser al toque
del que acompaño a San Roque,
..... [-ín]).

ROSAMBUCO:

Mire, dígale a su dueño,
o a su dueña, o a su jaca,
si de vengarse no aplaca
de su coraje el empeño,
..... [-ar],
con gallinas cada día,
si intenta a esta portería
ni aún entre sueños llegar;
que he de ir a Palermo y darle
de quién soy satisfacción
y en hábito de caución
dentro en su casa abrasarle.
Que para después de aquesto
que este mensaje le lleves,
y cumplas con lo que debes
por el atajo más presto
siendo pelota del fuego
con que abrasarle me obligo
estoy para hacer contigo
desde aquí, allá, el pasajuego.
Mas dispensar determino
contigo todo este estruendo
porque te vayas muriendo
de tu miedo en el camino.
Vete.

VILHÁN:

Voy a obedecerte
de muy buena voluntad.
(¡Notable temeridad!) Aparte

Vase

ROSAMBUCO:

Yo soy sombra de la muerte.

MORTERO:

Búsquela para el calor
un demonio peregrina.

ROSAMBUCO:

Y adviértole de camino
..... [-or]
que al conde siciliano
envió. Encontrar no quiero
otra vez a Fray Mortero
porque le pondré la mano.

MORTERO:

Yo pretendo ser eunuco
en el ejercicio, y así
no la quiero para mí
del hermano Rosambuco.

ROSAMBUCO:

Que esto haré le certifico
si no...

MORTERO:

Digo que me doy
por advertido y me voy
a pedir con mi borrico.
No quiero más retintín,
hermano Turco, con vos
que aunque no me ha librado Dios,
siendo oveja, del mastín.

ROSAMBUCO:

¡Válgame Alá soberano
y su profeta divino,
cuyos dos cultos a un tiempo
sin duda tengo ofendidos!

Pues con portentos tan raros
corro bajel de mí mismo,
fortuna deshecha contra
mis pensamientos altivos.
Yo soy Rosambuco, aquél
de Etiopia peregrino,
para bruto aun prodigioso,
para hombre el mismo prodigio.
Yo soy el pirata negro
en ambos mares temido,
ébano de quien labraron
cometas y basiliscos.
La Libia ardiente y el fuego
donde salamandra he sido
de pólvora y alquitrán
y las rocas de los istmos
y los sulfuros temieron
en el salobre zafiro.
¿Pues, cómo se olvida el cielo
de mí? Mísero y cautivo
soy de este hombre que no tiene
más alma ni más sentido.
¡Qué haya tanto de poder
la inclinación de un destino
que ha de atropellarlo todo
sin que haya para rendirlo
alma en la naturaleza
ni imperio en el albedrío!
¿Quién vive en mí? Que parece
que no soy el que en mí vivo,
sino otro por mí que apuesta
guerras civiles conmigo.
Todo soy sueños, asombros,
ilusiones y delirios.
Valiente estoy y cobarde,
despierto estoy y dormido.
Y desde anoche en el templo
de este profeta Francisco
tan grande, que de su Dios
las armas ha merecido
en manos, pies y costado,
sangrientas llagas o cinco
rubíes que Él recibió
cuando desde el cielo vino
a redimir los cristianos
a todo el humano aprisco,

como ellos dicen, en más
temores y laberintos
de dudas metido estoy;
que ni creo lo que he visto
ni lo dejo de creer.
Porque, ¿cómo un mármol frío
pudo moverse y hablarme,
pudo asombrarme?

Dentro

UNA VOZ:
Benito.

ROSAMBUCO:
¿Quién me ha llamado? Mas, ¿cómo
si por mi ley me apellido
Rosambuco, al que escuché
con efecto repentino
volví el sentido y el alma?
Pero el alma y el oído
se debieron de engañar
que fue el nombre que me dijo
de su original el mármol,
y son cristianos hechizos
para volverme a su ley
o fantasma del abismo
y de las cobardes sombras;
que de la noche...

Dentro

UNA VOZ:
Benito.

ROSAMBUCO:
Si no estoy loco y me engaño,
otra vez han repetido
y más cerca el mismo nombre.
Aquesta voz con el mismo
llama otro hombre cristiano,
labrador y peregrino
de esta mezquita montes,
de este silvestre edificio
de Italia tan venerado
que es Meca del cristianismo.

Hagamos treguas un rato,
locos pensamientos míos,
y volvamos a asistir
a don Pedro, que le hizo
Alá mi dueño hasta tanto
que se canse el brazo esquivo
de mi fortuna.

Dentro

UNA VOZ:

¿Te vas
sin responderme, Benito?

ROSAMBUCO:

Voz, que no sé de quién eres,
y te trae el aire frío,
con el eco a mis orejas,
¿hablas conmigo?

Dentro

UNA VOZ:

Contigo.

ROSAMBUCO:

No puede ser si fue siempre
Rosambuco el nombre mío
y tú con otro me llamas
que nunca le he conocido
en Asia ni en otra parte.

Dentro

UNA VOZ:

Éste es más tuyo, Benito.

ROSAMBUCO:

Sin duda me llama el mármol,
por lisonja, con el mismo
nombre otra vez, y no quiero
que me tenga por remiso
ni cobarde, siendo yo
a quien tantos han tenido
miedo en el mar y la tierra
desde el rojo mar de Egipto

a las columnas de España
del Hércules Orolimbio.
Ya voy, mármol.

Va a entrar y encuentra un niño descalzo con
una corona de espinas, una cruz a cuestas, y llagas en los
pies

NIÑO:
¿Dónde vas
bárbaro, loco, atrevido
que sin la marca cristiana
osas pasar este sitio,
sagrado al mejor alférez
del mundo, este templo mío
que con mi nombre respetan
los cortesanos impíreos?
¿Cómo te atreves, sin ser
en el rebaño admitido
de mi iglesia militante,
batallón del Uno y Trino,
contra el alevoso hereje,
contra el infiel paganismo,
y a mirar estos umbrales
de tanta antorcha epiciclos?

ROSAMBUCO:
Niño, gigante a los ojos
del sol, prodigioso Niño,
¿quién eres?

NIÑO:
Jesús del Monte,
de quien este templo antiguo
toma el nombre, aunque primero
del Monte Calvario ha sido,
donde un viernes, con la muerte
tuve un campal desafío
de quien salí vencedor,
puesto que tan mal herido
con esta espada que llevo
al hombro...

Paséase

ROSAMBUCO:

Eterno Cupido,
Niño a la emblema del cielo,
déjame que los armiños
sangrientos de tus pies bese,
que no sé qué desatino
amoroso me arrebató
el corazón, o qué hechizo
celestial para adorarte.

NIÑO:
Aparta, que no eres digno
de privilegio tan grande
hasta estar con el bautismo.

ROSAMBUCO:
Pues déjame que te ayude
a llevar ese prolijo,
si bien de escultura hermosa,
leño cruzado.

NIÑO:
Aunque ha sido
siempre mi yugo süave,
no tienes hombros ni bríos
para éste, siendo infiel.

ROSAMBUCO:
Si fuera todo el Olimpo
estrellado, como Atlante
le sustentará en los míos.

NIÑO:
Toma, y mira si le puedes
llevar.

Dale la cruz

ROSAMBUCO:
Muestra, hermoso Niño,
que a trueque que tú descanses
imposibles solicito
facilitar.

NIÑO:
Sin la fe,
éste es el mayor.

Vase

ROSAMBUCO:

Narciso
soberano, aguarda, espera.
Vuelve a tus hombros divinos
este madero, que yo
a tanto peso me rindo.
Y entre los brazos parece
que el mundo se me ha caído,
y todos los once cielos.
Socorro y favor te pido.

Sale sangre de la cruz

Pero, ¿qué sangre es aquésta
que por tu corona miro
correr, árbol prodigioso
del jardín del paraíso?
Que me convida a beberla
su hermosura, más que el limpio
cristal que nació en el monte,
veloz aborto de un risco.

Vuela la cruz

¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
Que el madero fugitivo
me ha hecho Tántalo de ella...
Agora pierdo el sentido,
¡qué maravillas! ¡Qué espanto!
¡Qué misterios! ¿Qué prodigios
son éstos de mi dureza,
bárbaramente entendidos,
que se contradicen unos
con los otros? Mas, propicios
cielos, que para entenderlos
que los descifres os pido.

Sale don PEDRO

PEDRO:
Rosambuco.

ROSAMBUCO:

¿Señor?

PEDRO:

¿Dónde
todo hoy andas escondido,
que no te he visto?

ROSAMBUCO:

No puedo
darte nuevas de mí mismo
apenas, después que traigo
unas tristezas conmigo
que me traen fuera de mí
y lejos de mi sentido.

PEDRO:

Memorias deben de ser
de tu patria. No me admiro
que suelen dar guerra al alma.

ROSAMBUCO:

Más pienso que son olvidos.

PEDRO:

Diviértelos, pues que tienes
un dueño que es tan tu amigo,
que hace tanta estimación
de tus valerosos bríos,
que no te diera por cuanto
tesoro guarda el Mar Indio
si me lo pidiera Laura,
que después de ella, te estimo.

ROSAMBUCO:

Guárdese, Portocarrero,
de España y de Carlos Quinto,
blasón generoso, Alá,
que sólo su puesto ha sido
el de todos mis naufragios.
Y tu esclavo ser estimo
más que estando libre ser
visir del Cairo y del Píreo.

PEDRO:

Pagarme has lo que me debes
y aquesta noche imagino

que he de quedarte a deber.

ROSAMBUCO:

¿De qué suerte?

PEDRO:

He recibido
de Laura un papel en que
me manda, aunque más peligros
se me pongan delante,
que por un falso postigo
de su jardín a las doce
la vea.

ROSAMBUCO:

Si es tan preciso,
no quede por mí que ya
sabes que yendo contigo
no hay que temer a Palermo.
Siempre estoy apercebido
del broquel y de la espada.

PEDRO:

Pues, Rosambuco, a camino
de Palermo y a adorar
a Laura, dueño divino
de mis amantes deseos,
que ya la noche ha corrido
todas las cortinas negras
del salobre cristalino.

ROSAMBUCO:

Y la turca luna negra,
de quien soy sombra y soy hijo,
temerosamente esparce
algunos rayos mendigos.

PEDRO:

Poco puede embarazarnos,
que trae muy recién nacidos
los rayos y han de durar
poco en el azul distrito.
Y pienso que poco a poco
hemos salido del sitio
de Jesús del Monte. Él vaya
conmigo.

ROSAMBUCO:

Y también conmigo;
que voy estando muy bien
por el nombre y por vecino
con aquese caballero.

PEDRO:

Y es muy bueno para amigo,
Rosambuco.

ROSAMBUCO:

Así lo entiendo.
Aunque soy turco, me inclino
a sus maravillas raras
porque cuentas de Él prodigios.

PEDRO:

Ruego a Dios que pare en bien
esa inclinación.

ROSAMBUCO:

No digo
nada. Alá lo puede hacer.

PEDRO:

Desde agora más te estimo.

Salen VILHÁN, el CONDE y criados con
espadas, rodela y pistolas

CONDE:

Dos hombres son y si fuesen
los que buscando venimos
del papel que obligué a Laura
escribir, no habrá surtido
mal efecto.

VILHÁN:

Diera un brazo
por ver dentro del garlito
al sabueso de Mahoma,
ladrador desde los quicios
de las puertas de su casa.

CONDE:

Al perro hacer solícito
más pedazos que ha ladrado
desgarros y desatinos.

VILHÁN:
Yo comeré su gigote.

PEDRO:
Entre los verdes asilos
que hacen al camino sombras
bultos parece que he visto.

ROSAMBUCO:
Si no son de esotra vida
sombras o vestigios
lluevan broqueles y espadas
y de pistolas granizo;
pero no gente que viene
después de [ser fenecidos],
que huelen a esotro mundo
y me ha dejado Benito
Esforca muy perdigado
de miedo de esotro siglo.

CONDE:
Los dos a reconocerlos
lleguemos como venimos
para no espantar la caza,
y los demás al abrigo
de estos árboles se queden,
acudiendo al primer silbo.

CRIADO 1:
Obedeceremos.

PEDRO:
Dos
bultos hacia acá imagino
que enderezan.

ROSAMBUCO:
Pocos son.

CONDE:
¿Quién?

PEDRO:
Responder es preciso.

CONDE:
¿Diremos a la justicia?

ROSAMBUCO:
La misericordia, primos.

VILHÁN:
En su lenguaje habló el negro,
y son ellos.

CONDE:
¡Ea, amigos,
que esto es hecho.

Sacan las espadas

PEDRO:
Rosambuco,
sobre nuestros enemigos
hemos dado y vienen tantos
furiosos y vengativos
que nos hemos menester
mucho más.

ROSAMBUCO:
Lo dicho dicho.

CONDE:
¡Mueran pues!

ROSAMBUCO:
¿No hay más que mueran
gallinas?

PEDRO:
¡A ellos, amigo
Rosambuco!

ROSAMBUCO:
¡A ellos, valiente
Portocarrero; y si es vino
el que traen esos borrachos,
¡a los pellejos conmigo!

Métenlos a cuchilladas y disparan y hieren a ROSAMBUCO. Éntranse ROSAMBUCO y los otros acuchillándole y quédanse PEDRO y el CONDE

ROSAMBUCO:

¡Muerto soy, Portocarrero!
Sea tu valor conmigo.

Dentro

CRIADO 1:

Prendedles.

VILHÁN:

Esto va malo,
el virrey es, que ha tenido
noticia de este suceso.

CONDE:

Pues, acabemos, amigos
a este perro.

CRIADO 2:

Éste es don Pedro,
prendedle.

PEDRO:

No hay resistirlos.
Date, Rosambuco, preso.

ROSAMBUCO:

Pues, lo mandas, yo me rindo.

CRIADO 1:

Dale muerte.

CONDE:

Muere, perro.

Salen acuchillando a ROSAMBUCO

ROSAMBUCO:

¡Jesús del Monte, Francisco,
no permitáis que a la puerta
de vuestro templo divino

muera quien de vos se ampara.

Entran tras él y salen el NIÑO y
SAN FRANCISCO con espadas

NIÑO:

Nuestro socorro ha pedido;
defendámosle los dos,
valiente alférez de Cristo.

Dentro

ROSAMBUCO:

¡Traidores, ya me tenéis
muerto pero no rendido!

CONDE:

Cosámosle con la tierra.

SAN FRANCISCO:

Hay más invencibles filos
que le defienden, tiranos,
y ha de ser primero mío.

Dentro

CONDE:

¡Huyamos, que dos espadas
de dos brazos nunca vistos
contra nosotros fulminan
rayos.

VILHÁN:

De encantos y de hechizos,
sin duda contra nosotros
ese turco se ha valido.

Sale ROSAMBUCO herido

ROSAMBUCO:

Yo muero y a vuestra casa,
Francisco, como he podido
con el alma entre los dientes
para el último suspiro
llego ya. No muera yo
sin el agua del bautismo.

Salen el GUARDIÁN y MORTERO

MORTERO:

¡Padre, padre, acuda presto
que parece que un herido
a la puerta de la iglesia
voces da, y si mal no miro
el hermano Rosambuco
es el que está sin sentido.

GUARDIÁN:

Los contrarios de don Pedro
Portocarrero habrán sido
los crüeles agresores
de tan infame delito,
profanando los umbrales
de este religioso asilo.
Hermano, ¿qué es lo que quiere?

MORTERO:

Del hermano turco fío
que no será confesión.

ROSAMBUCO:

Padre, el bautismo pido,
que pretendo ya que muero
morir en la ley de Cristo,
que la tengo por la más
verdadera [.....i-o].

GUARDIÁN:

Es gran predestinación,
Fray Mortero.

MORTERO:

Padre mío...

GUARDIÁN:

Agua presto.

MORTERO:

El mastín anda
fullero con Jesucristo,
y se irá al cielo derecho
habiendo primero sido

turco y cosario treinta años.

Vase

GUARDIÁN:

¿Qué nombre escoge?

ROSAMBUCO:

Benito,
que es por elección del cielo.

GUARDIÁN:

¡Qué caso tan peregrino!

ROSAMBUCO:

¡Qué me muero, qué me muero;
padre, el bautismo, el bautismo!

GUARDIÁN:

Aprisa el agua.

Sale MORTERO

MORTERO:

Aquí está el agua
pues quiere, olvidando el vino
ser perro de agua el hermano.

Échale el agua

Agora queda más limpio
que el cristal el azabache.
Bien puede hacer su camino
al otro mundo sin miedo
de irse al infierno ni al limbo.

ROSAMBUCO:

No sólo le ha dado el alma
gracia esta agua, padre mío,
sino la salud al cuerpo
..... [-i-o].

Levántase

GUARDIÁN:

¡Raro milagro!

ROSAMBUCO:

Esto todo
debo al agua del bautismo,
padre, y al Jesús del Monte
y al seráfico Francisco.
Y en hacimiento de gracias
por tan grande beneficio,
a vuestra paternidad
pido el hábito francisco
de rodillas a sus pies
aunque de él soy tan indigno,
pero supla Dios mis faltas.
Padre, el hábito le pido,
déme el hábito sagrado
como me ha dado el bautismo;
no me niegue tanto bien.

MORTERO:

Ya que el negro no ha podido
darnos hoy un perro muerto,
nos quiere dar perro vivo.

GUARDIÁN:

No puedo a la religión
sagrada, hermano, admitirlo
porque es esclavo [con dueño].

ROSAMBUCO:

¿[Ya] no es libre el albedrío?

GUARDIÁN:

Mientras tiene dueño, no.

ROSAMBUCO:

Dadme libertad, Francisco,
para vestir vuestro traje,
para ser vuestro cautivo.

MORTERO:

Váyase el negro a Guinea
a ser fraile o a Tampico,
que por acá somos todos
alokes, mas no tan tintos.

GUARDIÁN:

Pídaselo a nuestro padre,
que es de Dios grande valido.

ROSAMBUCO:

No me he de quitar delante
de su altar, y he de pedirlo
con lágrimas y oraciones,
disciplinas y silicios.

MORTERO:

Más propio fuera pringarse
con un pernil de tocino.

GUARDIÁN:

Vamos, que Dios premiará
tan católicos designios.

ROSAMBUCO:

Para ser esclavo vuestro
dadme libertad, Francisco.

Vanse y salen LAURA y CELIO

LAURA:

Celio, amor es temerario
más que niño, más que ciego.

CELIO:

Que mires, Laura, te ruego
quién eres, y que es contrario
a tu sangre lo que intentas,
que mujer tan principal
en una cárcel real
ve expuesta a muchas afrentas;
y a muchos riesgos también,
aunque el manto más te emboce
si tu hermano te conoce
y sus amigos también
entrar o salir.

LAURA:

Mi hermano
estará por delincuente,
Celio, de Palermo ausente;
demás, que fue tan tirano
con su honor, pues me obligó

a escribir aquel papel.
Que celoso ni crüel
no es ver o temerlo yo,
pues se ha perdido el respeto
con darse por entendido
que don Pedro me ha querido;
y no puede ser discreto
ni valiente, quien por tema
de su alevosa esperanza
hizo para su venganza
de su afrenta stratagemas.
Y yo llevo en guarda mía,
Celio, para mi defensa
contra César, si en mi ofensa
quiere su loca porfía
intentar algún desmán,
lo que basta a no temerlo
..... [-erlo]
los alientos que me dan
los generosos blasones;
porque soy más César [yo]
que César. Hoy [me animó]
a puras resoluciones
este altivo corazón;
que si anoche me rendí
cuando el papel escribí
de que a dar satisfacción
voy a don Pedro, fue el verme
amenazar de mi hermano
con el acero en la mano
y no poder defenderme
el valor que hoy me acompaña.

CELIO:

Laura, pues del español
amante eres girasol,
haz tu gusto y, ¡cierra España!
Que aunque ves que te prevengo
con lo que el valor te advierte,
en llegando a resolverte
cabrá, con quien vengo, vengo.
Y si en la cárcel intentas
entrar, ésta es, Laura, la puerta.

LAURA:

Sígueme, pues [voy cubierta].

CELIO:
Hacer contigo me alientas
imposibles.

LAURA:
Imagina
que no [vayas ya] conmigo
sino con Roldán.

CELIO:
Contigo
Roldán [fuera] una gallina,
y haces más siendo quién eres
que cuántos la fama anima.

LAURA:
Nunca comió [en este clima]
la cárcel a las mujeres.

Salen ESTRELLA y CATALINA, tapadas

ESTRELLA:
Cúbrete bien, Catalina,
no te descubran lo negro
que habrá. Si te lo divisan
estornuda de misterio.

CATALINA:
Ya sabemos, zeola mía,
llevar la cara encubierto
que tenemos blanca el alma
si el cuerpo tenemos preto.

LAURA:
Otras damas de buen garbo
dentro en la cárcel entraron
porque los dos no seamos,
Celio, los de mal ejemplo.

ESTRELLA:
El alcalde viene aquí
por el rancho preguntemos
de mi hermano.

Sale el ALCAIDE

CATALINA:
Preguntamo,
que sea cortés cagayero.

ALCAIDE:
¡Bravas mozas, vive Dios!
Bien se nos luce, que hay presos
de porte.

ESTRELLA:
Señor alcaide.

ALCAIDE:
¿Qué mandan, reinas?

ESTRELLA:
Don Pedro
[Portocarrero] que trujeron
[anoche a esta cárcel preso]
por mandado del virrey,
¿dónde tiene su aposento?

LAURA:
Por don Pedro han preguntado
estas mujeres, y pienso
pues con celos en la cárcel
encuentro, que viven dentro
de estas prisiones también
por delincuentes los celos.

CELIO:
Por monstruos de amor pudieran
en un calabozo de éstos
para siempre sepultarlos.

LAURA:
¿Para qué, teniendo pechos
humanos donde sembrar
tanta lluvia de dineros?

ALCAIDE:
Vuestas mercedes me sigan.

ESTRELLA:
El favor agradecemos.

ALCAIDE:
Mi mayor honra es servirlos.

CATALINA:
¡Qué cagayero tan bueno!

CELIO:
Estrella será su hermana,
y el hermano compañero,
Rosambuco con basquiñas.

Vanse

LAURA:
No me hablaron.

CELIO:
No te vieron,
o no te conocerían
como tú también; que dentro
de la cáscara de un manto
todos los gatos...

ESTRELLA:
No creo,
Celio, nada en mi favor,
porque los celos creyeron
lo que peor está siempre
al discurso de su dueño.
Sigámoslas, que imagino
que aquí entraron.

CELIO:
Todos estos
aposentos [me] parecen
alcobas del mismo infierno.

Vanse. Salen ESTRELLA, don PEDRO,
CATALINA y VILHÁN

PEDRO:
Tan ociosa, Estrella, ha sido
esta visita, que llevo

a sospechar que fue achaque
de otro designio.

ESTRELLA:

Dijeron
que estabas preso y herido,
y no es nuestro parentesco
tan poco que no me obligue
a esta fineza, rompiendo
por tantas dificultades
como venirme, don Pedro
a visitar a la cárcel,
porque el valor que profeso
imita al sol, que tocando
la espuma del mar soberbio
un átomo no se moja
ni se humedece en cabello.

PEDRO:

En lo de preso acertaron,
en lo de herido mintieron,
porque no tienen valor
mis enemigos, ni acero,
volcanes de fuego y plomo,
César, ni César con ellos,
para teñir con la sangre
del blasón Portocarrero,
el menor grano de arena
con sus cobardes esfuerzos.
En mi apellido no hallaron
jamás carrera ni puerto;
pues su excelencia, el señor
virrey, que de sus intentos
aleves tuvo noticia
me trujo en su coche preso,
con la decencia debida
a la cárcel de Palermo,
por evitar mayor daño;
aunque a Rosambuco temo,
por pretender resistirle,
que le han mal herido o muerto,
que es su valor invencible.

CATALINA:

¡Válgame Diosa!

PEDRO:
¿Qué es esto?

ESTRELLA:
Catalina se ha caído
desmayada, porque entiendo
que a Rosambuco tenía
voluntad.

CATALINA:
¡Ay, que me muero!

CELIO:
Devoción o calidad;
o negro amor en efeto.

CATALINA:
Malogróse mi espelanza,
que fue branca flor de almendro,
que en saliendo del botona
templana la lleva el cierzo.
¡Jesunerisa sea conmigo!

PEDRO:
Catalina, esto no es cierto,
que Rosambuco es tan bravo
que se habrá escapado de ellos,
más vencedor que vencido.

CATALINA:
Viva esperamos con eso.
Consuélete Diosa, amén,
don Pedro Portocarrero.

Sale el ALCAIDE

ALCAIDE:
Aquí está un fraile franciscano,
don Pedro, que quiere veros
y me ha pedido que os pida
licencia para este efecto.

PEDRO: Querrá poner a estos bandos
..... [-e-o]
paces.

ALCAIDE:

Otra señora también
dice que ha venido a veros,
pero no la dejé entrar,
porque el fraile es lo primero.
Fuése enojada conmigo
y también un escudero.

PEDRO:

Laura será, mas no importa.

ALCAIDE:

Dijo que volvería luego.

PEDRO:

Sírvase el señor Alcaide
que entre.

ALCAIDE:

Trae por compañero
.....
un peregrino mancebo
de hermosa presencia y talle.

PEDRO:

Para todos hay asientos,
entren en buen hora juntos.

ALCAIDE:

Ya voy a obedeceros.

ESTRELLA:

(¡Cielos, Aparte
pon paces entre César
y mi hermano, pues intereso
en ello tantas dichas!)

PEDRO:

Estrella, con el respeto
que te debes te retira,
y haz recogimiento en eso
de tu casa.

ESTRELLA:

Siempre sabes
que, por quien soy, te obedezco.

PEDRO:
Así de ti lo confío.

ESTRELLA:
(Visitar al conde espero Aparte
entre tanto que esto dura).

PEDRO:
Adiós, Estrella.

ESTRELLA:
Adiós, Pedro,
que tendré de tu regalo
todo el cuidado que debo.

PEDRO:
Dios te guarde.

CATALINA:
De temora
llena vamo, y de rezelo.
¡Valor me dé Jesunerisa
sia Rosambuco han muerto!

Salen SAN FRANCISCO y el NIÑO

PEDRO:
(Ya el religioso Francisco Aparte
entró con su compañero.
¡Qué veneración que ponen
a los ojos y deseos!)

.....
SAN FRANCISCO:
"Deo gracias," señor don Pedro.

PEDRO:
Guarde a vuestra reverencia
Dios, y a su Acates.

SAN FRANCISCO:
Yo vengo
a hablar de espacio con vos.

PEDRO:
Pues sentémonos.

SAN FRANCISCO:
Sentemos.

PEDRO:
(¡No he visto humildad tan rara!) Aparte
Nunca le vi en el convento.

SAN FRANCISCO:
Soy forastero, y a mí
me encargaron el suceso.
Hoy llegué a Jesús del Monte
con mi hermano compañero.
Señor don Pedro, un esclavo
tenéis...

PEDRO:
Decid.

SAN FRANCISCO:
Turco negro,
que se llama Rosambuco,
y a la ley del evangelio
reducido está. Benito,
[la iglesia por los secretos
de Dios, le ha dado por nombre]
porque llegando al convento
de Jesús del Monte, herido
de muerte, pidió con celo
de su salvación el agua
del bautismo, y tan presto
la gracia, que le dio al alma
como la salud al cuerpo;
y en pago del beneficio
y de milagro tan nuevo,
pidió nuestro hábito santo
con fervorosos deseos.
Negósele el guardián
por esclavo, no por negro,
pues blanco donde Dios tira,
blanco es de grandes aciertos.
Vengo de Dios inspirado
para que pueda tenerlo,
a tratar de su rescate
con vos, porque sois su dueño,
y con el síndico os traigo

mil escudos, que le habemos
entre todos de limosna
juntado, para que el cielo
admire, siendo soldado
de Francisco, con presagios
milagrosos de su vida
que así en el cielo lo espero.
Dicen que le estimáis tanto
que por Mesina y Palermo
no le darás algún día.
Haced cuenta que fue muerto
y Dios le ha resucitado
y que no era esclavo vuestro
según las leyes del mundo
y dadle por este precio
ahora, que aunque es tan corto
lo demás lo dará el cielo.

PEDRO:

Él sabe que yo no diera
ese esclavo por un reino;
pero con vuestras palabras
que me habéis hecho, confieso
tan blanda fuerza en el alma
que os le diera mucho menos
que en lo que de más, y en nada
si no me hallara en extremo
tan pobre y necesitado
por la fe de caballero.

SAN FRANCISCO:

Dios os lo acrecentará
que ésta es, señor don Pedro,
gran obra.

PEDRO:

Así lo imagino.

SAN FRANCISCO:

Yo espero en Dios que he de veros
con mucha paz y salud.

PEDRO:

¡Por qué notables rodeos
a Rosambuco ha traído
Dios [para] ser su [escudero].

SAN FRANCISCO:

Tinta y papel viene aquí
y contado [este] dinero
en oro, tomadlo [todo]
y hacednos recibimiento
de vuestra mano que sirva
de carta de horro al negro
Benito.

PEDRO:

Sea en hora buena.
Idla notando vos mesmo
que yo iré escribiendo, padre.

SAN FRANCISCO:

Decid: "Digo yo don Pedro
Portocarrero..."

PEDRO:

Adelante.

SAN FRANCISCO:

"Capitán", id escribiendo
"de infantería española,
que doy libertad, por precio
de mil escudos de oro
a Rosambuco mi negro,
llamado agora Benito..."

PEDRO:

Benito...

SAN FRANCISCO:

"Que me dio luego
de presente Fray Francisco
de Asís..."

PEDRO:

De Asís...

SAN FRANCISCO:

"Del convento
de Jesús del Monte..."

PEDRO:

Del monte...

SAN FRANCISCO:

"Por la mano..."

PEDRO:

Ya está puesto.

SAN FRANCISCO:

"Del Serafín Peregrino
síndico..."

PEDRO:

Síndico.

SAN FRANCISCO:

"Nuestro,
como del efecto consta..."

PEDRO:

Oiga, padre, que los vuelvo
al convento, [porque] sé
que da Dios uno por ciento.

SAN FRANCISCO:

Dios se lo pague.

PEDRO:

Prosiga,
padre, agora.

SAN FRANCISCO:

[Escriba], "Siendo
pues que han de ser tres..."

PEDRO:

Ser tres...

SAN FRANCISCO:

"Testigos, [aquí son éstos]:
las tres personas [divinas]
y un sólo Dios verdadero;
que es la Trinidad Sagrada
tan inefable misterio".

PEDRO:

Testigos son, que [no] habrá
quién los tache.

SAN FRANCISCO:
"Fecho..."

PEDRO:
Fecho...

SAN FRANCISCO:
"A tres de mayo..."

PEDRO:
De mayo...

SAN FRANCISCO:
"En la cárcel de Palermo..."

PEDRO:
Palermo...

SAN FRANCISCO:
Firmad, agora.

PEDRO:
Don Pedro Portocarrero.
¡Notable cédula!

SAN FRANCISCO:
Agora,
[hágame] el señor don Pedro
[merced] de hacerme la entrega
de ese papel.

PEDRO:
Ya os le entrego.

SAN FRANCISCO:
Mostrad.

Ve las llagas [don PEDRO]

PEDRO:
No es ésta [la] mano
de ningún hombre del suelo.
Vuestra es, Seráfico Santo,

porque ese rubí sangriento
o es vuestro o de Dios que sois
una misma cosa al veros.
Porque con las cinco insignias
que ostentáis, a un mismo tiempo
a Cristo miro en Francisco
y a Francisco en Cristo veo.

SAN FRANCISCO:

Benito, la libertad
que me has pedido te llevo
para ser de Cristo esclavo.

NIÑO:

Yo me voy, pues que ya he hecho
el oficio que me toca
a los impíreos asientos.

Desaparécense

PEDRO:

El corazón me arrebatas
tras de ti, Neblí del Cielo;
¡Qué venturoso que es hoy,
Rosambuco, tu deseo!
Ya tienes todo cumplido.
Agora has de ser mi dueño.

ACTO TERCERO

Salen fray MORTERO de donado, y CATALINA

MORTERO:

Nuestra hermana Catalina,
a Jesús del Monte sea
bien venida, que ha mil años
que no entra por estas puertas.

CATALINA:

Ezamo plesa hasta angora,
padre nuessa fray Mortera,
como ya habremo sabido.

MORTERO:

Ya supe que pidió iglesia
don Pedro, que hizo probanza,
que junto a la propia cerca
de Jesús del Monte, que es
el cementerio de nuestra
casa, le prendió el virrey,
y que después de tenerla,
del monasterio sacó
a Laura, donde don César
su hermano se retiraba
por ciertas desavenencias,
que tuvieron en la cárcel
los dos, y salió con ella
a campaña aquella noche,
y sabiendo el conde César,
que don Pedro hizo esta infamia,
con resolución resuelta,
rompió con Vilhán la cárcel
dando garrote a una reja
y convocando sus deudos,
que todos seguirle muestran
armados de todas armas
y bocas de fuego, intentan
la venganza de este agravio,
y de los demás, que hoy vuelvan
en la boca de la fama;
y que también su excelencia
los ha llamado a pregones,
y agora de sus cabezas
ha publicado las tallas.

CATALINA:

Ya sabemos, que en Palerma,
Catalina, nos quedamo
por la disijuladera,
y pléndida nos pusimo
a cuisitiona de tormenta,
en cueras, como su madre
en Mandonga nos pariera,
y de látima quitamo
de la pobra la virreya;
y tu amo por escrava
ha de estar cuatro mesas
en la cárcel, que pensamo
delante la pregonera,

y lo verdugo detrasa
salir como para eya,
con cien priscas a la cola.

MORTERO:

Todo, hermana, fuera
para merecer con Dios.

CATALINA:

Mejor, padre fray Mortela,
supo hacer.

MORTERO:

Los regalos
de Dios siempre los desean
sus siervos.

CATALINA:

No dezeamo,
regalo de azota en cueras,
que aunque negla, zamo honrada.

MORTERO:

En Italia, ni en su tierra
no se han cortado mejores
otras dos varas de felpa;
yo he tomado a cargo mío
escribir su historia en lengua
española y siciliana,
en la latina y la griega.

CATALINA:

¡Válgame Diosa, lo que
ha estodiado fray Mortera!

MORTERO:

Desde que le cautivaron
sobre la Pantasilea,
hasta recibir el agua
del bautismo, y de la iglesia
entró a ser hijo, y hasta
vestir la parda librea
del seráfico Francisco,
grangeando a penitencias
peregrinas, en el cielo
para tan dichosa empresa,

la libertad deseada,
por una cédula hecha
de don Pedro, que a las manos
del guardián según se cuenta
milagrosamente vino,
dispensándole por ella
el año de aprobación,
con tan altas excelencias
de virtud, que pone espanto,
a todos cuantos profesan
los rumbos maravillosos
de la seráfica regla.
No se le conoce cama,
ni mesa, porque en la tierra
con la humildad igualando
es su cama y es su mesa;
de garfios trae por cilicio,
rodeada una cadena,
almilla de un alma, que hace
con el cuerpo taracea.
Cojos sana, mancos y otras
paralíticas dolencias,
que es gran jugador de manos,
de brazos, pies y de piernas;
y sin haber estudiado
jamás, habla en cualquier ciencia,
y latín mejor que turco,
con ser su nativa lengua.
Cada momento a ojos vistas
con el demonio pelea,
y viene a brazo partido
rodando por la escalera.
De noche se crucifica
en una cruz en la huerta,
habiéndola antes llevado
un gran distrito a cuestras.
Al sagrado sacerdocio
los prelados le amonestan,
y él se excusa con decir
que quiere seguir las huellas
de su seráfico padre,
mirándose indigno de esta
dignidad. ¡Lo que tardara,
Jesús, si misa dijera!
Para un cazador, o para
un pretendiente, que cuenta

los bocados a su vida,
los átomos a sus quejas;
y con ser lego no más,
con los oficios le ruegan
del convento y la provincia.

..... [-e-a]

Gime, y llora de rodillas,
la boca por tierra puesta,
suplica que no hagan burla
de él con tan pesadas veras.
Cuando va a pedir limosna
a los muchachos que encuentra
les pide que le estornuden,
que le tiren lodo y piedras,
y algunas veces y muchas
le obedecen, y se mezclan
entre ellos, para afrentarle,
demónico de la escuela
de Lucifer, que la dan
méritos, cuando más piensan
que han de inquietar su constancia,
y deslucir su paciencia.

Y yo excuso de ir con él
todas las veces que intenta
humilde que le acompañe,
que vuelvo como una breva;
y si no me engaño agora,
hacia el altar mayor suenan
sus voces, y viene dando
por los escalones vueltas
con algún demonio, que
por la maroma voltea
del infierno, se ha encontrado.
¡Con notable estruendo rueda!
El templo se viene abajo.

CATALINA:

Jesuncrisa sea con ella,
con fray Mortera y conmigo.

Suena ruido y sale rodando ROSAMBUCO,
vestido de lego con sangre en la cara

ROSAMBUCO:

Bestia de siete cabezas,
que quebranto aquella planta

pura, de la mejor Eva,
no has de rendirme, aunque más
contra mí te armes de ofensas
alevosas y villanas.

Dentro una VOZ

VOZ:

Tizón, que aspiras a estrella,
noche del Asia, que a ser
sol de Palermo te alientas,
yo me vengaré de ti.

ROSAMBUCO:

Cobarde, que a la pendencia
por las espaldas embistes,
tus amenas soberbias
no temo; que tengo el alma
guardada de la presencia
de Dios. Infernal lechuza,
ya tus oscuras tinieblas
huyen de su luz.

MORTERO:

¿Qué es esto,
padre Fray Benito?

ROSAMBUCO:

Cierta
pendencia, nuestro hermano
Fray Mortero, con aquella
antorcha de la mañana
que se anocheció ella mesma
con aquel Ícaro loco,
que osó con alas de cera
asaltar del mejor sol
los rayos y aun no escarmienta.

MORTERO:

Ya conozco, padre mío,
quién es por las mismas señas
esa figura. ¡Ay!

Danle

ROSAMBUCO:

¿Qué es esto?

MORTERO:

Hanme aturdido la testa
con gran tamorilada,
que ser mayor no pudiera
de una mano de reloj;
y mano que tanto pesa,
ni es para aqueste Mortero,
ni para ninguno buena;
désela su dueño a Judas
para que mate candelas,
y sea en las semanas santas
la paulina de tinieblas.

ROSAMBUCO:

Persígnese, Fray Mortero.

MORTERO:

¡Y cómo!

ROSAMBUCO:

Ya tenga paciencia;
que anda este rey de las sombras
muy licencioso.

MORTERO:

En la iglesia
es mucha bellaquería,
mucha infamia y desvergüenza.
Váyase a algún carnicero,
y váyase a alguna despensa
por la señal de la Santa
Cruz.

Persígnese

ROSAMBUCO:

Ésa es grande defensa,
porque es la espada con que
venció Dios la muerte mesma.

CATALINA:

Yo también me persigno.

ROSAMBUCO:

¿Qué hay por acá, hermana nuestra
Catalina?

CATALINA:

Nuesa padre
Benito, venimo a vella,
y a consolanda también.

ROSAMBUCO:

Ya supe que estuvo presa;
¿qué sabe de los hermanos
don Pedro, Laura y Estrella?

CATALINA:

Desde que en campaña fuimo,
no se sabimo más de eya
viva, ni muerta en o mundo.

ROSAMBUCO:

Dios de su mano los tenga
que les debo obligaciones
y nunca me olvido dellas.

CATALINA:

Ni de mi olvidamo, padre,
ya que somo entrambas pretas.

ROSAMBUCO:

Hagamos, hermana mía
que las almas no lo sean
ya que los cuerpos lo son.

CATALINA:

Plegan Diosa verdadera.

ROSAMBUCO:

Yo se lo suplicaré
a Su Majestad inmensa
en mis pobres oraciones.

CATALINA:

Basamo los pes por eya,
que de rodilla pedimo
santa turca, santa negla
de Palermo, y de mi alma.

ROSAMBUCO:

Alce, hermana, de la tierra,
acabe, levante, diga,
¿qué es lo que hace? ¿Qué intenta?

Levántase endemoniada

CATALINA:

Devanécete, villano,
Etíope, sombra fiera,
de la capilla francisca,
que su religión afrentas.

MORTERO:

Loca se ha vuelta la hermana.

ROSAMBUCO:

Catalina, en otra lengua
la primer verdad que has dicho
en toda tu vida es ésa.
Vil padre de la mentira,
equivocarme pudieras
a no haberte recatado
como áspid entre la hierba.

CATALINA:

¡Engañar quieres a Dios
con hipocresías modestas?

ROSAMBUCO:

No puede ser engañado
Dios, que es la misma evidencia,
suplir mis faltas y yerros,
y perdonar mis ofensas,
porque su misericordia
mayor es que las arenas
y los átomos del mar.
Mas tú, desbocada fiera,
mas tú, criatura ingrata,
que no puedes merecerla,
porque no puedes volverte
atrás por inteligencia,
y yo puedo arrepentirme,
y ver a Dios, que se niega
a tus ojos para siempre,
¿en qué valor, en qué fuerza

te confías?

CATALINA:

En las propias
con que arranqué las estrellas
tras mí.

ROSAMBUCO:

Con esas andas
en las mazmorras eternas
desde entonces arrastrando.

CATALINA:

Bárbaro, ¿tú las apuestas
conmigo?

ROSAMBUCO:

Y con todos juntos
el infierno, como tenga
a Dios de mi parte.

CATALINA:

¿Tú,
siendo un borrón de su idea,
un escarabajo, un topo?

MORTERO:

¿Qué haya dado aquesta negra
en estar endemoniada,
sin qué ni para qué sea?
Como si su catadura
de nuez moscada bayeta
maridaje de mendiga
no le bastaba por treinta
flamencos experitados,
si con sus teces trigüeñas
la berenjena en arropo,
en morcilla y girapliega?

CATALINA:

¿Quién le mete en eso al fraile
vinagre, si no desea,
que otra mano de almirez
sobre su mortero venga?

MORTERO:

¡Eso no, por la señal
de la Santa Cruz!

CATALINA:

Sin ella,
¿cómo sacó hoy de la olla
de los enfermos tres piernas
de gallina, y se las fue
a merendar a la huerta?

MORTERO:

Porque estaba enfermo de hambre
y es natural la defensa.

CATALINA:

Y los pies de puerco, infame,
que hurtaste de la despensa
¿fiambres esta mañana
antes que a Palermo fueras?

MORTERO:

Más hice en comerlos yo,
que eran tan de puerco o puerca,
que en su vida habían traído
escarpines ni calcetas

CATALINA:

Chistes conmigo, menguado,
¿siendo yo quien los inventa?

MORTERO:

Siempre fuiste invencionero.

CATALINA:

Allá va la mano.

MORTERO:

¡Tenga!
¡Por la señal de la Cruz
Santa!

CATALINA:

Yo os cogeré en la celda
dormido.

MORTERO:

Echaréme yo
por manta una cruz a costas.

ROSAMBUCO:

¡Ea, fray Mortero, déme
el hisopo y la caldera
de agua bendita, que quiero
sacar esta sierpe eterna
de este cuerpo miserable.

MORTERO:

Voy en volandas por ella.

CATALINA:

No he de salir aunque encima
me echas el mar.

ROSAMBUCO:

Norabuena,
yo te haré salir a puros
cordonazos.

CATALINA:

¡Para ella,
para ella, hermana prima!
ROSAMBUCO: ¿Burlas haces de mis veras?
No sabes tú que soy yo
más valiente que tú muestras?
Dios me ayudará.

Sale fray MORTERO con caldero y hisopo

MORTERO:

Aquí está.
¡Fuera dije, fuera, fuera!
¡El recado de hacer sopas
a esta canalla sedienta!

ROSAMBUCO:

Muestre acá, hermano, el hisopo.

MORTERO:

Tome, vuesa reverencia,
y enjuágume a Catalina
por de dentro y por de fuera.

ROSAMBUCO:

¡Ea, maldita criatura,
reconoce tu sentencia,
y de esta mujer humilde
el alma y el cuerpo deja,
que yo te lo mando de parte
de Dios.

CATALINA:

¿Cómo no me muestras
la comisión que te ha dado
de su firma y de su letra?
Porque no siendo ordenado
es imposible que puedas
compelerme, motilón,
para que yo te obedezca.

ROSAMBUCO:

Pues entretanto, obstinado
monstruo, que yo se la pueda
merecer y hacer hoy una
bien precisa diligencia,
donde para condenarse
algunas almas se arriesgan,
a quien debo obligaciones
te he de dejar a la puerta
de este edificio sagrado,
atado en esta cadena
de este rosario, pues otro
Benito te ató en la mesma.

CATALINA:

¿Eres tú como él?

ROSAMBUCO:

Su nombre
me ayudará en esta empresa.

CATALINA:

Como perro me has tratado
siéndolo tú.

ROSAMBUCO:

Feroz bestia,
perro leal soy de Dios.
Tú con la rabia primera,

morder quisiste a tus dueños,
y [San] Miguel, la defensa,
saliendo saludó el aire
imperio de tu soberbia.
Vestigio indomable, vamos.

CATALINA:
Benito, ¿dónde me llevas
de esto modo atropellado?

ROSAMBUCO:
A ponerte a la vergüenza
hasta que vuelva.

MORTERO:
Y después
te hemos de echar en galeras,
¡por la señal de la Santa
Cruz!

CATALINA:
¡A los cielos pesia
pues le da tanto poder
a una escultura de tierra!

ROSAMBUCO:
Tiene por alma el retrato
de Dios.

MORTERO:
¡Padre, vuelva, vuelva
con brevedad! Que estará
este mastín en su ausencia
echando alquitrán y azufre.
¡Maledite, salte afuera!

Échale Fray MORTERO el agua y vanse y salen don PEDRO
y LAURA, vestidos de bandoleros con charpas y pistolas

PEDRO:
No temas todo el poder,
Laura, del mundo conmigo.

LAURA:

No es César tanto enemigo
que yo le pueda temer,
ni a cuantos deudos están
en su aleve compañía
porque aunque son sangre mía,
de tu valor me la dan
mayores obligaciones
granjeadas de mi amor.

PEDRO:

Conocerá mi valor
en la que, Laura, me pones
lo que durare este acero,
de quien satisfecho estoy;
que soy español, y soy
don Pedro Portocarrero.
Que es mucho el empeño mío
y tus finezas son más,
para no volverse atrás
las deudas de mi albedrío.
¿Qué arroyo que despeñado
deja entre verde espadaña
la furia de la montaña
por las caricias del prado,
volvió a los peñascos fríos
de su nobleza solar,
hasta parar en el mar
que es la muerte de los ríos?
No es, Laura, con tu fineza
menos arroyo mi amor,
y sólo competidor
de mí mismo en la nobleza.
Estrella se nos quedó
con Celio, como estos días
duran sus melancolías
en campo se perdió
que no los descubro aquí.

LAURA:

Al castillo se habrá vuelto
donde tu valor resuelto
se opone al mundo por mí.

PEDRO:

Volvámonos, pues, allá;

que temo del escuadrón
de César una traición
desmintiendo su nobleza;
que los que a cobardes hechos
lo que heredaron ocultan
siempre las espaldas buscan
para pasarse a los pechos.
Y Estrella se habrá al castillo
retirado, viendo el sol
que va al ocaso español
que yo, con los que acuchillo
le buscaré cara a cara,
para acabar de una vez
con su soberbia altivez.

Por las espaldas salen el CONDE, VILHÁN, ESTRELLA
y algunos bandoleros con charpas y pistolas

CONDE:

Estrella, no le fue avara
la que te conduce hoy
a mis manos, pues tenía
prendas de ti el alma mía.

ESTRELLA:

Tuya, conde César, soy,
protestando que has de ser
mi dueño; mas el tirano
rigor de ir contra mi hermano
no es de tan noble mujer.
Como yo, siendo española,
Portocarrero y Guevara,
y Estrella, que por lo clara
de sangre, al sol arrebola.

CONDE:

En Laura, que contra mí
viene, tienes ejemplar
también.

ESTRELLA:

Laura llega a estar,
conde, ofendida de ti,
y es mujer, y la mujer
nació, por el ser que alcanza,
de un parto con la venganza.

CONDE:

Ya, Estrella, no puede ser
menos, en esta ocasión,
que el de esposo es más cercano
parentesco que el de hermano.

PEDRO:

Nunca contra la traición
fue bastante, Laura mía,
el valor sin el cuidado
al matar anticipado.

LAURA:

Tienes razón, y del día
creciendo las sombras van.

PEDRO:

Ya estamos sin gente aquí,
Laura, pero no sin ti,
en quien cifrados están
juntos tantos corazones.

LAURA:

El tuyo, heroico español
rayos puede dar al sol
de empresas y de blasones.

CONDE:

Gente suena aquí, y si no es
engaño de ilusión vana,
don Pedro son y mi hermana.

PEDRO:

Las estampas de tus pies
voy siguiendo, Laura hermosa,
que vas volviendo con ellas
las flores del campo estrella.

CONDE:

Ocasión es venturosa,
pues los hemos encontrado
solos.

VILHÁN:

Y no es lo peor,

de espaldas.

CONDE:

A mi valor
no le da un mundo cuidado.

VILHÁN:

Con todo es lo más seguro.

ESTRELLA:

No lo tienes de intentar.

CONDE:

Estrella, no has de estorbar
la venganza que procuro.
¡Mueran!

Disparan y sale ROSAMBUCO

ROSAMBUCO:

No podréis tan presto,
que he de volver, inhumanos,
a los aires con las manos
las balas.

Hace que las aparta con las manos

CONDE:

¡Cielos! ¿Qué es esto?

ROSAMBUCO:

Venir un hombre a pagar
lo que debe a su señor.

PEDRO:

¡El conde es, Laura!

LAURA:

¡Ah, traidor!

PEDRO:

Mi valor has de probar.
Muera toda esta canalla,
que hacerme inmortal espero;
a Estrella a su lado veo
que debieran de encontralla.

VILHÁN:

¿A estas horas nos dan? ¿Cómo?
El fraile mago, señor,
es el mayor jugador
que hay de pelotas de plomo.

CONDE:

De asombro se me ha caído
la pistola de la mano.

PEDRO:

¡Muera mi hermana!

LAURA:

¡Y mi hermano!

ROSAMBUCO:

Dése, don Pedro, a partido
vuestro coraje español,
que hoy habéis visto poner
el sol; y al amanecer
quizá no vierais al sol;
que estaba dada de Dios
por decreto singular
sentencia para bajar
hoy al infierno los dos.
Y a no haber intercedido
el seráfico sagrado
de quien soy subdelegado
como más agradecido
de haberme, sin interés,
dado la carta de horro,
que fue de mí bien socorro,
que le tocó por quien es.
Dios y por Francisco luego
apelando a su clemencia,
la pronunciada sentencia,
y su medianero tan lego
como fray Benito, envía
a templar esos enojos,
y a pasaros por los ojos
la muerte que os desafía
cada instante, y el infierno
que os amenaza también.
Enmendaos y vivid bien.

Mirad que hay castigo eterno
para un odio temporal;
que Dios, don Pedro, consiente
mucho mas no eternamente.
Y procure cada cual
mirar muy bien cómo vive;
pues no tiene hora segura
esta humana arquitectura
que asaltos tanto recibe
de la muerte cada día,
con accidentes tan varios
que se arman los contrarios
contra tan grande monarquía,
donde, como en mar y en tierra
su poder se solemniza
y gusanos de ceniza
a Dios no le han de hacer guerra,
que somos, aunque parece
que en nosotros se retrata,
hojas que el viento arrebatá,
sombras que el sol desvanece.

CONDE:
Mucho Dios encierra en este
prodigio de santidad.

PEDRO:
Todo es rayos de piedad
este prodigio celeste.

CONDE:
Quitámonos de delante
de él, que nos da confusión,
asombro y veneración
su prodigioso semblante.

Vanse [el CONDE, ESTRELLA y los suyos]

PEDRO:
Vámonos, Laura, de aquí
aunque helada estatua soy
con lo que habemos visto hoy
yendo contigo y sin mí.

Vanse

ROSAMBUCO:

Señor, poned vuestra mano
en hacer las amistades
de estas dos parcialidades,
ruina del pueblo cristiano.

Dentro da voces CATALINA

Voces parece que escucho
de aquel vestigio crüel
que dejé atado de aquél
que agora es nada y fue mucho.

CATALINA:

¿Vienes Benito? ¿Benito,
vienes?

ROSAMBUCO:

¡Ah, cobarde! Ya
conocerás cómo está
en el valor infinito
del nombre de tan gran santo,
la virtud con que te ha hecho
dar voces a tu despecho
connmigo, haciendo otro tanto
que con el gran patriarca
honor del Monte Casino,
donde de esplendor divino
lleno, tirano monarca
de las tinieblas, te ató
de tus soberbias en pena.

Sale CATALINA

CATALINA:

¡Qué me ahoga esta cadena!
Benito, ven, que yo
te doy palabra, si de ella
me desata tu poder,
de dejar esta mujer
que estoy más opreso en ella,
y atormentado que en el
fuego del infierno todo.

ROSAMBUCO:

Fue quien nos sacó del lodo

su dueño, monstruo crüel,
y basilisco infernal,
porque a su rosario dio
la Rosa de Jericó
esa virtud celestial.
La sin mancha concebida,
la que en la idea del Padre
antes del tiempo fue madre
de Dios, por él elegida,
la que quebrantó tu frente,
la blanca Estrella del Mar.

CATALINA:

Yo lo confieso a pesar
de todo el infierno ardiente.

ROSAMBUCO:

Eso sí, cuerpo de vos,
aunque cuerpo no tenéis
que aunque no queráis, debéis
confesar honras a Dios.

CATALINA:

Sácame, acaba, Benito,
de esta insufrible prisión.

ROSAMBUCO:

Ésta fue la comisión
que contra ti solicito.

CATALINA:

Bastante es a compeler
todo el infernal abismo,
que está sin nada del mismo
Dios, por tan pura mujer.

ROSAMBUCO:

Pues en virtud de ella, sal
de ese cuerpo, sierpe vil.

CATALINA:

Ya la obedezco, alguacil
de su corte celestial.
Y la pongo, como ves
en la boca y la cabeza
que me rompió la pureza

de sus virginales pies.
Y vencido y afrentado,
escupiendo áspides voy,
adonde de Dios estoy
para siempre desterrado.

Hacen ruido y cáese en el suelo CATALINA y
sale MORTERO

ROSAMBUCO:

Allá vais, y no tornéis
cizaña de los mortales,
escándalo de las vidas
y autor del primer achaque.

MORTERO:

Padre fray Benito, sea
bienvenido de la parte
donde le mandó Dios ir,
que es famoso caminante;
que yo, desde que se fue
no he pisado estos umbrales
donde este mastín no ha hecho
sino ladrar y llamarle.

ROSAMBUCO:

Ya fue, hermano, Dios servido
que de atormentarme dejase
a la hermana Catalina
que como difunta yace
en la tierra de rendida,
que quiso Dios enviarle,
por secretos suyos, este
regalo, para que nadie
se descuide de servirle,
de la tierra le levante
y éntrela, hermano, en la iglesia,
porque dentro de ella pase
este trabajo.

MORTERO:

Parece
que de mi miedo no sabe
ninguna cosa hasta agora,
vuestra reverencia, padre.

ROSAMBUCO:

No es contra el hábito, hermano,
rodó el infierno bastante.

MORTERO:

¿Y corren la misma cuenta
los donados que los frailes?

ROSAMBUCO:

Esta jerga, fray Mortero,
se venera en cualquier parte.
Ea, pues, tómela en brazos,
y no tema. Dios delante.

MORTERO:

Detrás lo quisiera yo
ahora.

ROSAMBUCO:

Dios que no cabe
en cielo y tierra lo lleva
todo. No hay que limitarle
ningún lugar.

MORTERO:

Todavía
huele a azufre miserable.

ROSAMBUCO:

Vaya con ella.

MORTERO:

Yo voy
con gentil costal de herraje;
mucho pesa un perro muerto,
si a cuestras ha de llevarse.

Vanse

ROSAMBUCO:

Hoy es Viernes de la Cruz
que se tremola estandarte
con Dios Hombre sobre el Monte
Calvario, sangriento Atlante,
y a mi ordinario ejercicio
no es justa razón que falte,

aunque de tantos reencuentros
flaco el espíritu escape.
Busquemos, pues, en la huerta,
como suelo, este admirable
árbol de la vida hermoso
porque a sus sombras descanse.
Ya le descubro, y los hombros
apercibo para darles
este peso venturoso
de dos balanzas tan graves
de la gracia y de la culpa;
que para que más pesase
la balanza de la gracia
esmaltada de su sangre
pura, inclinó la cabeza
dando el espíritu al Padre.

Descúbrese una cruz y al pie de ella el
NIÑO dormido, en una calavera recostado

¿Qué niño es éste que miro,
Narciso de estos cristales,
que sobre una muerte duermes
al pie de este árbol triunfante?
Mas ya por las mismas señas
os conozco, Hijo del Ave,
que voló hasta Dios, y trajo
a Dios consigo al encarnarle.
Cordero Pascual, que al pie
del ara estáis, ¿quién os trae
otra vez al sacrificio
pues la primera escapasteis
tan herido y tan sangriento?
Pero no quiero admirarme,
que para morir de nuevo
mis culpas serán bastante.

NIÑO:

Benito, tu amor me obliga
que en este puesto te aguarde,
que es cama de compañía
donde vengo a regalarme
para ayudarte a llevar
ese madero admirable
de la redención del mundo,
pues con él los viernes haces

memoria de mi pasión;
porque pretendo pagarte
lo que antes de ser tan mío
hacer conmigo intentaste.

Levántase

¡Ea, Benito!

ROSAMBUCO:

Señor,
¿cómo intentáis humildades
de un gusano tan indignas?
No hay esferas que lo alcancen.
Basta que me permitís
con tantas indignidades
que pise la tierra.

NIÑO:

Presto
de los humanos contrastes
victorioso pisarás,
Benito, impíreos diamantes.

ROSAMBUCO:

Dejadme, pues que dé albricias,
Dios mío, de nuevas tales.
En lágrimas de contento
todo el corazón desate.

Tocan cajas

NIÑO:

Agora importa que vivas
a mi fe, que estos marciales
instrumentos, que se escuchan
son de un pirata arrogante
que envidioso de tus dichas
baja alterando los mares
de Sicilia, con pretexto
de abrasar este homenaje
sagrado, que patrocino
y defiendo, y de llevarle
tu cabeza al turco, siendo
bárbaro horror de Levante.
Benedicto Esforcia, de este

convento, por quien tomaste
el nombre, fue fundador
ilustre, de semejantes
casos advertido, como
este edificio en el margen
del mar, se mira de lejos,
un Armería dio sus frailes
para defenderle, siempre
que suceden estos lances.
Hazlo armar, que yo quiero
también capitán me halles,
y que Francisco, mi alférez
mayor, tremole en los aires
mi bandera, con las cinco
sangrientas quinas reales.

ROSAMBUCO:

Pues, Señor, con tal caudillo,
¿Qué mundo hay que me basten?

NIÑO:

¡Al arma, pues! Antes que
pisen las bárbaras haces
la playa del mar Tirreno,
y mi fortaleza asalten.

ROSAMBUCO:

¿Cómo asaltar? Vivís vos
por tantas eternidades,
que no ha de quedar de todos
un átomo, que se escape
de mi acero.

NIÑO:

¡Ea, soldado
de Cristo!

ROSAMBUCO:

No tiene sangre
el mundo para verterla
por vos.

Sale MORTERO

MORTERO:

Padre mío, ¿qué hace?

Que más de treinta bajeles
por esos azules mares
han llegado a nuestra orilla;
y yo vengo a que se arme
con esta espada y rodela
acaudillando sus frailes.

ROSAMBUCO:

Dame, hermano fray Mortero,
que en católico coraje
se me enciende el corazón.

MORTERO:

¡Al arma, mueran los canes,
y viva la fe de Cristo!
Nuestro seráfico padre
también viva, y hacia el mar
nuestra compañía marche.

ROSAMBUCO:

Marche, para que tiemble el abismo,
la siempre ardiente despachada esfera,
y cuantos contra el agua del bautismo
despide esotra bárbara ribera,
y muera este pirata de sí mismo
que en pájaros de pez y de madera
con los cinco mástiles por plumas
devana el viento y tala las espumas.
Caballo soy de Dios que. desbocado
primero de mis locos desvaríos,
de mi propio furor precipitado
corrí por entre escollos y bajíos,
ya de la fe católica enfrenado,
relinchando y de los alientos míos
escuchando los bélicos ensayos
tascando fiero y escupiendo rayos.
Antes que este tirano desembarque,
bárbaro Arraz, la otomana luna,
y escalas ponga a la pared del parque
de esta de Dios seráfica coluna
ni las arenas de sus plantas marque,
prometiéndose próspera fortuna;
recibid el volante escuadrón fiero
con áspides de pólvora y acero.

¡Arma, pues, soldados míos!

¡Arma, valientes soldados
de la seráfica iglesia!
MORTERO: ¡Arma, que he de hacer pedazos
a un escuadrón de Mahomas!
¡Fray Mortero soy, perraros!

Éntrase y dase la batalla dentro

PRIMERO:
¡Mueran, genizaros fuertes,
estos papaces cristianos,
y Rosambuco, mal turco,
de Mahoma renegado!

ROSAMBUCO:
¡Perros, vosotros primero,
y para siempre tiranos,
que es lo peor!

MORTERO:
Y las lunas
del Asia están ya rodando.

ROSAMBUCO:
Pues, ¡viva la fe de Cristo,
Jesús del Monte, soldados!

MORTERO:
¡A ellos y cierra España!
Que es echar por el hatajo
y por la España, Mortero,
apellidaré "¡Santiago!"

PRIMERO:
¡Rayo de Alá y de Mahoma
es el negro!

ROSAMBUCO:
¡Ah, perros blancos,
ninguno me ha de quedar
que se escape de mis manos!

SEGUNDO:
¡Huyamos al mar, que un Niño
con una espada en la mano,
y un papaz, retrato suyo,

con una bandera a rayos
sobre nosotros el viento
cuaja!

PRIMERO:
¡Huyamos!

Sale armado MORTERO

MORTERO:
¡Victoria por Jesucristo,
por su madre y por el santo
de los santos más humilde,
seráfico soberano!
Al son que le hemos hecho
lindamente hemos danzado.
¡Y pocos turcos en seco!
¡Oh, cómo huyen los galgos,
como es hecho, por el golfo!
Agora, si no me engaño,
viene el padre guardián
con fray Benito en los brazos.

Saca el GUARDIÁN a ROSAMBUCO, herido

ROSAMBUCO:
¿Dónde me lleváis, adónde?

GUARDIÁN:
A la enfermería vamos.

ROSAMBUCO:
No es menester, padres míos,
que heridas de amor tan alto
no tienen cura ninguna.
Ni la quiero ni la aguardo,
que quiere aquél que me ha herido
que muera de enamorado.
Llévenme al altar mayor,
vuestras reverencias, paso
a paso, que para hacerme
rico con Dios que es el blanco
de este venturoso negro,
sólo estoy solicitando
este pie de altar que hallé,
de Jesús acompañado,

y Francisco. Morir quiero,
que los dos me están llamando
muy aprisa ya.

GUARDIÁN:

Pues, padre
fray Benito, vamos, vamos.

ROSAMBUCO:

Presto me cumplís, Jesús,
Dios de Amor y no vendado,
la palabra que me disteis.

GUARDIÁN:

¡Grande pérdida esperamos!

MORTERO:

Tras fray Benito me voy
que esta victoria es aguado
con su enfermedad agora,
y negra dicha le mando
si le falta [a] fray Mortero
Fray Benito, el negro santo.

Vase. Salen don PEDRO y LAURA de bandoleros

PEDRO:

Sin saber, Laura, por dónde
ni cómo en el templo santo
del seráfico Francisco
y Jesús del Monte estamos.

Salen el CONDE, ESTRELLA. y VILHÁN

CONDE:

Sin ver por donde venimos
ni quien nos trae, el sagrado
templo de Jesús del Monte
confusamente pisamos.

LAURA:

¡Prodigioso caso ha sido!

ESTRELLA:

¡Ha sido notable caso!

VILHÁN:

O lo sueño o pienso, César,
que venimos por ensalmo.

PEDRO: El conde, Laura, y Estrella,
si no es ilusión y engaño
de la vista, están aquí.

LAURA:

Verdad es, no antojos vanos.

CONDE: Estrella, Laura y don Pedro
Portocarrero, si acaso
imaginación no ha sido,
están aquí.

ESTRELLA:

Imaginados
o verdaderos, son ellos.

CONDE:

Con menos semblante airado
lo llego a ver.

LAURA:

¡Milagroso
suceso!

ESTRELLA:

¡Suceso raro!

Corren una cortina y aparécese ROSAMBUCO en
el suelo y un crucifijo en las manos, y el GUARDIÁN y
MORTERO al lado

ROSAMBUCO:

Aquí, habiendo recibido
los sacramentos, aguardo
morir con gusto, que aquesta
piedra en que estoy reclinado
y esta cama, que la tierra
me da, a ningún bien igualo,
porque de aquí he de salir
a tan eterno descanso
como en la palabra dada
fío.

GUARDIÁN:

Padre, fray Benito.

MORTERO:

Padre mío, padre amado.

PEDRO:

¿Qué es lo que mis ojos ven?

CONDE:

¿Qué es lo que estamos mirando?

PEDRO:

Laura.

LAURA:

Fray Benito es,
que al pie del altar sagrado
mayor de Jesús del Monte
y Francisco es nuevo retrato.

Sale CATALINA

CATALINA:

Nuesa padre fray Benita
venimo a ver, ya que zamo
en Palermo sabidora
de su muerte malogrado.
¡Ay, Diosa, qué bien parece
con Jesuncrisa en la mano!

PEDRO:

Parece que con los ojos,
Laura, nos está llamando.

CONDE:

De lengua, Estrella, le sirven
los ojos para llamarnos.

ROSAMBUCO:

Conde César y don Pedro
Portocarrero mi amo,
que es justo que así le nombre
a quien me hizo de esclavo,
dándome la libertad,
digno de este hábito santo,
que me solicita el cielo

después de morir cristiano,
habiendo nacido en clima
tan lejos del bien que aguardo.
Dios en mi muerte, este día
se ha servido de juntaros
con Laura y Estrella, a quien
la fe y palabra habéis dado
de legítimos esposos. Cumplidla,
para dar a vuestros bandos
fin, haciéndoos firmemente
amigos y luego hermanos,
que el perdón de su excelencia
el virrey queda a mi cargo,
que esto le he pedido a Dios.
Daos las manos y los brazos
ahora.

PEDRO:

A impulsos soberanos
¿quién puede negarse?

CONDE:

A tanto
móvil, ¿quién se ha resistido?

PEDRO:

Sean, conde, estos abrazos
eternos.

CONDE:

Éstos, don Pedro,
corran al vencer los años.

PEDRO:

Sirviendo a Estrella los míos.
Y a Laura, los que os he dado.

ESTRELLA:

Vuestra esclava, hermano soy.

LAURA:

Yo lo mismo digo, hermano.

GUARDIÁN:

¡Gran caso ha sido!

MORTERO:

No es éste
de los menores milagros
que este santo negro ha hecho.

ROSAMBUCO:

Ya, Señor, voy descansando
con la merced que me hacéis.

Suenan chirimías y aparece en lo alto el
NIÑO

NIÑO:

Pide otra merced, bizarro
soldado de mi milicia.

ROSAMBUCO:

Con rey, que hace a sus soldados
tantas mercedes, no quiero
andar cobarde ni escaso.

NIÑO:

¿Qué quieres?

ROSAMBUCO:

Que me cumpláis
un deseo, que ha luchado
conmigo infinitos días;
que es por último regalo
en mi muerte de mi vida,
revelarme el acto, cuando
a Francisco le imprimisteis
en el Monte Alberna al hado
con cinco rojos trofeos
de vuestra pasión los clavos.

NIÑO:

uelve los ojos y mira;
allí está Francisco.

Arriba corren una cortina y está el santo
con las llagas, de rodillas

ROSAMBUCO:

¿Tantos
favores haces, mi Dios

a aqueste humilde gusano?

GUARDIÁN:

Todos los cielos parece
que agora se han trasladado
a este templo.

PEDRO:

¡Qué armonía
tan extranjera!

CONDE:

¡Qué rayos
tan forasteros del sol!

CATALINA:

¡Válgame Diosa, qué pasmo!

ROSAMBUCO:

Señor, con esta merced
encomiendo en vuestras manos
mi espíritu, recibidle,
volviendo a un negro tan blanco.

MORTERO:

Todos piensan que a la gloria
con fray Benito nos vamos.
Padre, no me deje acá.

GUARDIÁN:

Calle, fray Mortero.

MORTERO:

Callo.

GUARDIÁN:

Ya dio el espíritu a Dios
el negro del mejor amo.

PEDRO:

¡Conde!

CONDE:

¿Don Pedro?

PEDRO:

Los dos
juntos a Palermo vamos
a contar este suceso
y a presentarnos.

CONDE:
Los brazos
vuelvo a daros otra vez
por amigo y por hermano.

PEDRO:
Y aquí acaba la comedia,
pidiéndooos perdón, senado,
de los yerros que tuviere
el negro del mejor amo.

FIN DE LA COMEDIA